

CONTRATO PARA UN PISTOLERO

Silver KANE

HP



HEROES DE LA PRADERA



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El *sheriff* y las viejecitas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524. — Asesino a precio fijo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
736. — Infierno: capital, Dodge City.
En Colección KANSAS:
665. — Un buitre llamado Cox.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.
En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.
En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.
En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.
En Colección PUNTO ROJO:
921. — Miss Muerte recibe los lunes.
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
531. — Jinetes de medianoche.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76. — Mariposas negras.
En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.
En Colección BRAVO OESTE:
1.001. —Quiero un ataúd muy grande.
En Colección LA HUELLA:
80. — Manchas de sangre en los ojos.

Silver Kane

CONTRATO PARA UN PISTOLERO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA n. 533
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 820 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: marzo, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO
CONTRATAMOS PISTOLERO

Cuando Stuart salió de la cárcel no se ofrecían demasiadas posibilidades para un hombre como él.

Había sido condenado a cinco años por desafío ilegal, siendo reincidente. De los cinco años había cumplido tres en la penitenciaría del Estado de Oklahoma. Y, al parecer, iban a serle perdonados dos por razones que todavía ignoraba. Las ignoró exactamente hasta el momento de entrar en el despacho del alcaide de la prisión, quien parecía dispuesto a explicárselo todo con detalle.

El alcaide dijo:

—Stuart, voy a dejarle en libertad.

—¿A mí? ¿Y por qué he de tener yo esa suerte? Aún me quedan dos años.

—Tendrá esa suerte por dos razones. La primera, por buena conducta, ya que es evidente que se ha portado como un preso modelo; la segunda, por que alguien ha respondido por usted. Inútil es decirle que, pese a la buena conducta, no le hubiéramos soltado de no ser por esa segunda condición.

Stuart parpadeó.

—¿Responder por mí? ¿Y quién?

—Una mujer.

Ahora, Stuart parpadeó de nuevo, pero esta vez con más extrañeza aún.

—¿Una mujer? —balbució—. No recuerdo ninguna mujer en el mundo que sienta el menor interés por mí.

—¿Ni tu madre?

—Mi madre murió hace años.

—Pues entonces no te puedo resolver las dudas. El caso es que una mujer ha respondido por ti.

—Claro que puede aclarar mis dudas. Al menos puede decirme cómo se llama esa mujer. Supongo que no es un secreto.

El alcaide consultó una ficha que tenía a un lado de la mesa.

—No, no es un secreto —murmuró —. Al contrario, debes saberlo, porque supongo que deberás presentarte a ella, o más probablemente ella te buscará. Esa mujer se llama Elena Ringold, y ha enviado la fianza desde Mesa, en Arizona. ¿Te dice algo su nombre?

Stuart, más sorprendido cada vez, intentó repasar los recuerdos que abarcaban los veinticuatro años de su vida. Pero no había en ellos ninguno que se refiriera, ni de cerca ni de lejos, a una mujer llamada Elena Ringold.

—No lo entiendo —balbució.

—En fin, ése no es asunto mío. Todo se hace legalmente, y como el presupuesto de la penitenciaría es más reducido cada vez, elimino a los presos que pueden merecer la libertad. Tú eres uno de ellos, de modo que quedarás libre a partir de ahora. ¿Puedo preguntarte qué es lo que piensas hacer?

Stuart se apretó los nudillos uno contra otro, mientras se decía a sí mismo, aturdido, que era incapaz de encontrar una respuesta para aquella pregunta.

—No sé… —balbució—. En mi vida sólo he servido para manejar el revólver.

—Pues eso te ha llevado por muy mal camino. Te ha traído aquí.

—Cierto.

—Alguna otra cosa sabrás hacer…

—Cierto, pero tres años de prisión me han embotado totalmente —reconoció Stuart—. Ahora me doy cuenta: durante tres años no he tenido que pensar en nada. Otros han pensado por mí. Y en este momento me siento desconcertado.

El alcaide no quiso prolongar más aquella conversación. Dio a Stuart la orden de libertad, debidamente sellada, y setenta y cinco dólares que eran lo que había ahorrado por su trabajo en el taller de la prisión. Luego le advirtió que no quería verle más por allí y le hizo salir del despacho. Era la escena maravillosa que centenares de presos —y él mismo— habían soñado durante sus interminables noches de reclusión. Pero Stuart, ahora que tenía la libertad, estaba desorientado.

No sabía realmente qué hacer con ella.

Media hora después estaba en la calle. Con sus ropas de paisano, con su orden de libertad y sus setenta y cinco machacantes en el bolsillo, pero sin revólver y sin armas, se enfrentó a su nueva vida.

Oklahoma City estaba a poca distancia de allí; a una hora de camino andando.. Fue a la ciudad porque no sabía a qué otro sitio podía ir en aquellos momentos.

Le pareció muy cambiada.

Oklahoma City había crecido mucho en aquellos tres años, y además estaba en fiestas. Se veían letreros por todas partes: «Gran carrera de los potros salvajes», «Rodeo», «Concurso de baile», «Campeonato de tiro»… Bandas de música desfilaban por las calles.

La gente iba bien vestida, reía y brindaba por todas partes. Diríase que Oklahoma entera celebraba el hecho de que Stuart hubiera sido puesto en libertad.

Pero la realidad era muy otra. Nadie se preocupaba de Stuart, ex pistolero de veinticuatro años, que buscaba trabajo. La gente tropezaba con él. Algunas mujeres miraban de soslayo su musculatura, pero miraban también sus ropas anticuadas y pobres, e inmediatamente apartaban la vista. Stuart comprendió que no podía perder tiempo.

Sus setenta y cinco dólares no le permitían ir a Mesa, para saber quién era su misteriosa benefactora. Tampoco le iban a durar eternamente aunque se quedara allí, de modo que se dedicó a buscar trabajo. Pero en todas partes parecían oler que era un licenciado de la penitenciaría del Estado.

En algunos sitios le dijeron desde el principio que se fuera al diablo. En otros, con más cortesía, le dijeron que tal vez tendrían algo después de las fistas.

El caso fue que al día siguiente Stuart aún no había encontrado ningún trabajo y dudaba de encontrarlo. Un solo día de alojamiento y comida en aquella cara ciudad le había costado ocho dólares, de modo que se asustó.

Tenía que darse prisa en encontrar algo.

Fue así como llegó, cabizbajo y pensativo, al lugar donde se celebraba el concurso de tiro.

Era una gran explanada, a las afueras de la ciudad, donde existía un porche provisional que daba sombra a los tiradores. A

cincuenta yardas había muñecos en tamaño natural que representaban figuras humanas. Según el sitio en que esos muñecos fueran alcanzados por las balas, la puntuación era más baja o más alta. Stuart se quedó mirando. Siempre le habían atraído los revólveres, desde que era un niño. En realidad, el «Colt» había sido su única herramienta, y el desafío, su único oficio.

Pero ahora no tenía armas ni dinero para comprarlas.

Sólo el diablo sabía cuándo volvería a tirar otra vez.

Por cada disparo se pagaba un dólar al organizador, que a su vez se quedaba la cuarta parté de las apuestas. Los disparos se hacían siempre por parejas, y la gente apostaba por uno u otro. El ganador se quedaba con las tres cuartas partes de las apuestas.

A veces, cuando se trataba de gatillos conocidos, éstas subían fácilmente a varios centenares de dólares. Las ganancias del vencedor eran muy notables y, naturalmente, el organizador, que se llevaba una cuarta parte, siempre tenía interés en que los pistoleros más famosos compitieran entre sí. Las parejas se formaban con rapidez. Los dólares pasaban con más rapidez aún de un bolsillo a otro: mitad del total para los apostantes, y de la otra mitad, un cuarto para el organizador y tres cuartos para el gatillo que venciese.

A Stuart se le iluminaron los ojos.

Diablos, allí tenía una oportunidad.

Aunque estaba desentrenado, tal vez podría ganar a un famoso. Y si llevaba las apuestas, podría mirar el futuro con tranquilidad una temporada.

De modo que se acercó al organizador.

—Oiga, amigo.

El otro miró con cierto desdén sus ropas pasadas de moda.

—¿Qué se le antoja?

—Quisiera participar.

—¿Es buen tirador?

—Hombre, se puede probar…

—Verá. No me interesan los hombres como usted.

—¿Y por qué no? Pagaré mi dólar por cada disparo, igual que otro cualquiera.

—No es eso. Es que cuando hay desconocidos, las apuestas no suben y yo pierdo el tiempo.

—Emparéjeme con un famoso y la gente se animará.

—¿Con un famoso? No diga tonterías, forastero. Me he echado a la cara cien veces a bromistas como usted. No tiene ni revólver. ¿Y quiere competir con los gatillos de fama? En fin, espere… Si hay algún momento de calma, ya le emparejaré con cualquier otro desgraciado. Pero será perder el tiempo.

Stuart esperó.

Nada tenía que hacer, de modo que se tragó la humillación y estuvo allí hasta que se produjo un momento de calma porque nadie quería concursar. Entonces, el organizador le hizo una seña.

—Pruebe con éste.

Le señalaba a un tipo que también debía ser forastero, y que tendía rápidamente a Stuart un cinto canana y un revólver para que se lo pusiese.

—Rápido… Y que el público no lo note demasiado.

Luego, gritó:

—¡Amigos, concursan ahora dos campeones fuera de serie, dos hombres que han venido expresamente a Oklahoma City desde la ciudad de Dallas porque allí ya no les era posible tomar parte en concursos de tiro! ¡Los ganaban todos! En vista de ello, han decidido probar nuevos ambientes y conocer nuevos competidores. Pueden apostar sin reparos. ¡Hay emoción asegurada, amigos! ¡Y ganancias fuertes para el que tenga la suerte de inclinarse por el mejor!

Pero la verborrea de aquel tipo no causó demasiada impresión en los asistentes, porque ya conocían sus trucos.

Alguien murmuró:

—¿Tiradores ésos? ¡Bah!

Y otro:

— ¡Pero si uno no llevaba ni revólver!

Las apuestas no subieron ni a diez dólares. Era una cifra ridicula. El organizador masculló:

—Eso me pasa por hacer caso a los desgraciados… Hala, ya podéis empezar. Pero los blancos están allí, ¿eh? Cuidado no os matéis entre vosotros, y sobre todo, no le deis a uno del público, animales.

Primero disparó el rival de Stuart.

Era bueno, pero un poco tosco. Disparaba con lentitud. Alcanzó

a la figura en la cadera y en el estómago.

—Ocho puntos —dijo el organizador—. Tres por el estómago y cinco por la cadera.

Luego tiró Stuart.

Quiso olvidarse de los tres años de prisión. No actuar cohibido. Quiso recuperar el gesto habitual, instintivo, que tenía cuando era uno de los pistoleros más famosos del Sudoeste. Trató de poner su cerebro en blanco. De no recordar nada. Y disparó.

Las dos balas fueron directas una al corazón y otra al centro de la cabeza.

El organizador se pasó una mano por la boca.

—Cuerno —fue todo lo que dijo al principio.

Luego, gritó:

—¡Veinte puntos! ¡Diez por la cabeza y diez por el corazón! ¡Son las máximas calificaciones! ¡Ha vencido el tipo que no llevaba ni revólver!

Y tendió a Stuart un dólar ochenta centavos, que era lo que le correspondía por las apuestas ganadas. No llegaba ni a los dos dólares que había tenido que pagar por hacer los dos disparos.

—Lo siento —dijo—. Si las apuestas llegan a subir a cien dólares, usted se hubiera llevado dieciocho. Y hay veces en que llegan hasta mil. Otra vez será.

Y gritó:

—¡Amigos! ¿Nadie quiere competir con el forastero? ¡Ya han visto cómo tira! ¡Merece formar pareja con los mejores gatillos de Oklahoma!

Pero precisamente en aquel momento no había ningún buen gatillo por allí. Todos se habían ido porque pronto empezaría la carrera de caballos. Y los hombres que estaban en el porche no quisieron arriesgarse a perder su dinero ante aquel tirador que parecía sabérselas todas.

El organizador murmuró:

—Es una lástima. Todos podríamos habernos ganado algún dólar con esto… En fin, vuelva mañana por aquí, amigo. Seguro que las apuestas subirán como la espuma.

Devolvió a Stuart sus dos dólares.

—Me sabe mal que encima haya perdido dinero. Tome.

—No, no es justo. Yo acepté las condiciones. Si he perdido

veinte centavos, al menos es bien verdad que he probado suerte.

—Otro, en su lugar, los aceptaría. No parece usted ir muy bien de fondos.

—Cierto, no voy muy bien. Pero lo que es justo es justo.

Y se alejó lentamente.

No parecía ser aquél su día de suerte… En fin, probaría más tarde otra vez. Mientras caminaba, notó que alguien se ponía a su lado.

Era un tipo bien vestido, de media edad, con aspecto de hombre importante. Se pasaba de un lado a otro de la boca, nerviosamente, un cigarro sin encender.

—No ha habido suerte, ¿eh, amigo?

—Ni pizca de suerte.

—Eso de las apuestas va así. Para ganar dinero tienen que reunirse dos buenos tiradores y, además, muy equilibrados. Si todo el mundo apostara por el mismo, por haber mucha diferencia de clase, los apostantes perderían dinero aunque venciese su favorito, porque sólo se repartirían la mitad de lo que han pagado entre todos. Pero cuando las apuestas están muy repartidas y son altas, los que aciertan se embolsan unos cuantos dólares. No hay que decirle que el organizador trata de que eso ocurra siempre.

Stuart, que llevaba mucho tiempo sin fumar, aceptó el cigarro que el otro le ofrecía.

—Pero hoy no ha habido suerte —murmuró.

—Es natural. Oiga…

Y se detuvo de repente. Alzó como una cachiporra el cigarro que aún no había llegado a encender.

—Yo voy directo al grano —dijo—. Le hablo porque he visto que es un gran tirador. Está algo desentrenado, pero resultará temible cuando se ponga a punto. No en todas partes se encuentra un superclase, y usted lo es. Por eso quiero ofrecerle un trabajo.

—¿Un trabajo de qué?

El otro carraspeó.

—Ya comprenderá que es algo relacionado con el gatillo.

—Sí. Es para lo único que sirvo.

—Verá. En mi ciudad necesitamos un comisario. Un hombre dispuesto a todo, a quien no le importe jugarse la piel cada día. Un tipo de cuerpo entero, como podría serlo usted.

Stuart no contestó.

Esperó a que el otro continuara.

—He buscado a ese hombre en muchos sitios —dijo—, sin encontrarlo. Y ahora que ya había renunciado, cuando estaba aquí por otra razón, lo encuentro a usted. Por eso no quiero desperdiciar la ocasión y le hablaré con toda franqueza. Le hace falta dinero, ¿verdad?

Stuart reconoció:

—Sólo tengo para ir tirando unos pocos días.

—En el empleo que le ofrezco ganará veinte diarios, más gastos pagados. Eso sí, tendrá que emplearse a fondo. Mi ciudad no es precisamente una ciudad tranquila.

—Según cuál sea aceptaré o no —murmuró Stuart.

Pensaba que no podría quedarse demasiado cerca de allí, porque nadie le respetaría sabiendo que era un ex presidiario. Necesitaba ir a un sitio lo bastante alejado para que nadie le conociese.

—Mi ciudad —dijo el hombre del cigarro sin encender— está en Arizona. Es la ciudad de Mesa.

Stuart musitó:

—Mesa…

Era la única ciudad de los Estados Unidos a la que tenía interés en ir, de modo que musitó:

—Acepto…

CAPÍTULO II
LA CIUDAD DE MESA

El individuo del cigarro sin encender le había dado su nombre: Palmer. Y le había dado también cien dólares para que se costeara el viaje hasta la ciudad.

Stuart llegó a ella una semana más tarde.

Palmer ya estaba allí desde hacía unas horas, por haber empleado, sin duda, un carruaje privado que no se detenía, como las diligencias, en tantos sitios. Le recibió en su despacho de la alcaldía de la ciudad.

Fue la primera noticia que tuvo Stuart de que el que le había contratado era el alcalde de Mesa.

Notó que había un gran ambiente en todas partes. Por lo que se veía, iban a celebrarse las elecciones dentro de una semana. Grandes carteles en todas partes anunciaban los nombres y los programas de los tres candidatos.

VOTE A PALMER
Le promete paz, progreso y conservación de las
ventajas de nuestra gran ciudad

Un cartel como ése estaba incluso dentro de la alcaldía. Pero los otros candidatos también se anunciaban; por ejemplo, Colbert:

COLBERT, PARA ALCALDE
Colbert quiere cambios profundos que hagan
de Mesa la ciudad más rica de Arizona

Y también había el tercer candidato. Este se anunciaba con carteles mucho más modestos. Decían tan sólo:

LEYMAN promete honradez

Stuart, que ya se había comprado unas mejores ropas desde que salió de Oklahoma City, se sentó en la butaca que Palmer le indicaba, cerca de una de las ventanas del despacho de la alcaldía.

—Como ve —dijo Palmer—, la ciudad está en plena fiebre. ¿Sabía que iba a haber elecciones aquí?

—No, no tenía ni idea.

—Pues bien. Yo, como observará, soy uno de los candidatos. Tengo dos rivales, pero el único peligroso es Colbert. El otro, el pobre Leyman, no tiene donde caerse muerto. Ya se sabe que en estos tiempos ningún pobre puede darse a conocer ni hacer una campaña electoral digna.

Stuart asintió.

—Su empleo —dijo Palmer, siguiendo con el tema— tendrá mucho que ver con las elecciones. Trabajará usted para mí.

Stuart volvió a afirmar con la cabeza.

Pero en lugar de estarse quieto, se puso en pie.

Saludó a Palmer, haciendo un gesto de despedida, y se dirigió a la puerta.

Palmer le miraba atónito.

—¡Eh! ¿Qué va a hacer? —balbució.

—Me marcho, señor Palmer.

—¿Se marcha? ¿Adonde?

—Fuera de la ciudad. Buscaré trabajo y le devolveré sus cien dólares apenas me sea posible.

—Pero, ¿por qué?

—No quiero ser un agente electoral en el sentido que usted insinúa. No quiero ir matando a la gente de los candidatos contrarios.

Palmer lanzó una imprecación y luego se puso un cigarro en la boca, atizándole un mordisco.

—Usted no me ha enternecido, Stuart.

—Creo que sí, señor Palmer. He visto otras elecciones en otros sitios como éste.

—¡Cuerno, repito que no me ha entendido! ¡Venga aquí! —y señaló la ventana con un gesto rabioso.

Stuart fue hacia aqúel lugar, más por curiosidad que por haber cambiado de opinión. En ese sentido estaba decidido a no quedarse.

Parecía como si las palabras de Palmer hubieran sido proféticas.

Porque iba a ocurrir algo. Y a través de la ventana se veía muy bien.

Sencillamente, dos hombres iban a cruzar la esquina.

Iban tranquilos, distraídos, como dos vaqueros que se dirigen a su trabajo.

Tras ellos avanzaban otros dos hombres.

Estaban separados por unos once pasos.

Todo sucedió como un parpadeo. Todo ocurrió cuando Stuart, verdaderamente, menos lo esperaba.

Los dos hombres que iban detrás dispararon contra los dos que iban delante.

Fue un crimen repugnante, sucio, un cochino asesinato por la espalda.

Las dos víctimas cayeron retorciéndose, sin haber tenido ninguna posibilidad para defenderse. Unos segundos después habían quedado espantosamente quietos, mientras sus asesinos huían en medio de la indiferencia general.

Stuart se encontró sin darse cuenta con el revólver en la mano.

Fue como si un viejo instinto renaciera en él. Como si algo que había estado dormido durante tres años despertara de pronto.

Pero aquella ventana de la alcaldía se hallaba en un sitio muy malo para dominar la calle. Apenas unos momentos más tarde los dos asesinos habían escapado de su pequeño ángulo de tiro. Stuart se dio cuenta de que ya no podía hacer nada.

Lanzó una imprecación.

Palmer le estaba mirando fijamente. Y fue Palmer el que le dijo, con voz ronca:

—Sé que se quedará.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque he visto su reacción: ha sacado el revólver y en sus ojos ha brillado el deseo de matar.

—Eso no significa nada.

—Claro que significa. Y mucho. Usted ya no se irá hasta ver muertos a esos dos asesinos.

El joven no negó ni afirmó. Simplemente, se sentó en la butaca otra vez. Al menos, estaba dispuesto a escuchar todo lo que Palmer pensaba decirle.

—Antes no me ha entendido bien —dijo el alcalde—. Yo no quiero un agente electoral ni quiero que vaya eliminando a los del bando contrario, como sé que ha ocurrido en otros sitios. Pero en Mesa ocurre algo que usted acaba de ver. ¿Sabe lo que es este pedazo de Arizona?

—Siempre fue salvaje —reconoció Stuart—. Siempre fue una tierra del diablo.

—Y ahora más, porque las comarcas empiezan a ser ricas, y el oro excita las pasiones. Aquí tenemos dos bandas, la de Connally y la de Burton. Forman en conjunto la más bonita colección de cochinos que se ha visto en Arizona. Y el primer problema que tiene el alcalde de Mesa es eliminarlos.

Stuart musitó:

—Usted es ahora el alcalde de Mesa. ¿Por qué no los ha echado o los ha llevado a la horca?

—Pues por la sencilla razón de que no he podido. Antes había aquí un buen *sheriff*, pero se casó y se retiró. Vino otro que no era tan bueno y lo mataron. El que hay ahora ni se casa ni se muere. Quiero decir que se limita a cobrar y dejar hacer, y por eso los forajidos llegan en nuevas bandas cada semana. No he podido eliminar ese terrible problema y sé por tanto, que no resultaré reelegido, pues mi rival, Colbert, me ha adelantado y está demostrando a la gente que él sí que sería un buen alcalde.

—¿De qué modo lo hace?

—Ha contratado a River. ¿Usted ha oído nombrar a River?

—No.

—Es un tirador de primera, un verdadero diablo. El sólito ha declarado la guerra a Connally y a Burton y está liquidando a su gente. Lo hace en nombre de Colbert, entiéndame. Eso obliga a la gente a pensar: «Colbert está limpiando la ciudad.» Y él será el que salga elegido.

Stuart asintió.

Empezaba a comprender todo aquello.

—Y usted quiere que le haga la competencia al tal River —dijo —. Que elimine también forajidos, pero en nombre de Palmer. Y así la gente dirá: «Caramba, pues Palmer no es tan malo como alcalde. También él es capaz de limpiar una ciudad. Vamos a votarle.» ¿No es eso lo que piensa?

El otro encendió su cigarro al fin, dando una nerviosa bocanada.

—Exacto, pero no me negará que es una posición honrada. Aunque eso me sirva para mi campaña electoral, lo que trato es de eliminar a las alimañas que usted ha visto actuar abajo.

—Sí. Reconozco que en el fondo es una posición honrada. Y según parece, yo he de ser mejor que River, ¿no?

—Exacto. Ha de ser mejor que él o todo se irá al diablo. Y le advierto que no es fácil.

—Eso tiene un matiz de desafío —murmuró Stuart, encontrando ya más atractivos a la cosa.

—En efecto, es como un desafío. Pero le advierto que después de cada escaramuza, detrás de cada rincón de la ciudad, aguarda la muerte.

Stuart se encogió de hombros.

—¿Y eso qué importancia tiene? Venga, déme otro cigarro, Palmer. Creo que voy a aceptar…

CAPÍTULO III
UN JUICIO IMPARCIAL

Una hora después, Stuart había recibido tres cosas que le faltaron durante tres años:

Su primera paga, un revólver último modelo y una credencial que le acreditaba como agente de la ley al servicio del alcalde Palmer.

También recibió algo más. También recibió una noticia que le desconcertó en el primer momento.

Stuart había preguntado:

—Oiga, Palmer, quisiera que me diera una información.

—Con mucho gusto. Venga.

—Busco a una mujer en Mesa.

—¿Una mujer? ¿Ya quiere líos?

—No es lo que usted piensa. Se trata de una mujer a la que no he visto nunca, ¿sabe? Incluso podría tratarse de una vieja.

—¿Y para qué quiere usted a una vieja, demonios?

—También podría ser una joven… Bueno, usted me aclarará ese extremo. Se trata de la mujer que depositó una fianza para que yo saliera de la penitenciaría del Estado de Oklahoma. Sólo sé su nombre: Elena Ringold.

Palmer parpadeó.

—¿La conoce? —preguntó Stuart, con un brillo de esperanza en los ojos.

—No. No tengo ni idea.

—Pues es extraño. No debe ser una muerta de hambre. La suma que depositó para ayudarme era bastante elevada.

Palmer mascó otro cigarro, sin encenderlo.

—Mire, joven, yo conozco aquí a todo el mundo, incluso a los que piden limosna. ¿Está seguro de que le dieron bien el nombrecito?

—Absolutamente seguro. Y además no lo olvidaré nunca: Elena Ringold.

—Pues lo siento, pero no está en Mesa.

—¿Ni ha estado?

—Rotundamente, no.

Stuart se quedó perplejo.

Estaba seguro de que los datos que le dieron en la penitenciaría eran exactos. Y no comprendía cómo una mujer llamada Elena Ringold podía haber estado viviendo en Mesa sin dejar el menor rastro.

—De todos modos supongo que podré buscarla —murmuró.

—Claro que sí. Pero no encontrará a nadie con ese apellido.

Esta conversación aún tenía perplejo a Stuart cuando salió a la calle para ejercer su nuevo cargo. No entendía nada.. Pero se dijo que tal vez, preguntando a todo el mundo, daría con la pista de la misteriosa Elena Ringold.

Sus obligaciones empezaron a funcionar muy pronto.

No llevaba andada media docena de pasos cuando vio que un borracho se metía con una mujer. No sólo le estaba dedicando algunas frases más que gruesas, sino que además movía demasiado las manos. Nadie se atrevía a intervenir, quizá porque aquel borracho llevaba un revólver enormemente visible.

Stuart pensó que, como agente del alcalde, debía resolver aquello.

Se encaró con el borracho.

—Tú, amigo.

El otro le miró parpadeando.

Y luego se le rió en la cara.

—¿Qué pasa, monigote? Llevas una chapa muy bonita.

—Pues si tanto te gusta te la voy a meter en las narices, muchacho.

—¿A mí? ¿Tú a mí, monigote?

Y el borracho fue a sacar su revólver. Stuart no le dio tiempo.

Había aprendido muchos golpes, tratando en la penitenciaría con la peor gentecita de Oklahoma.

Y dio un par de ellos al borracho, dejándolo tendido, con la boca abierta y con la cara llena de sangre.

La mujer se habia alejado ya a toda prisa, sin darle ni siquiera las gracias. En torno de los dos hombres se habia formado un instantáneo vacío.

El borracho trató de incorporarse aún.

Pero en ese momento un paraguazo fulminante se abatió sobre su cabeza, dejándole «groggy» para el resto de la semana.

Stuart miró sorprendido a la mujer que acababa de dedicarle aquella «suave» caricia.

Era una matrona de media edad y sus buenos cien kilos —por lo menos— de peso. Vestía enteramente de negro, con esa especie de uniforme que durante años hizo famosas en Estados Unidos a las damas de la Liga de la Moral. Ejército de Salvación u otras obras similares, dedicadas todas ellas a acabar con el alcoholismo, el vicio, la prostitución, etc., y además a remediar la pobreza. Pero está ilustre dama parecía tener un interés especial en acabar con los borrachos sobre todo. Cada uno de sus paraguazos debía producir el efecto de un obús. Sujetó a éste por el sobaco y se lo llevó como un cazador se llevaría su presa.

Stuart balbució:

—Oiga, señora.

—¡Señorita! —corrigió la otra.

—Bueno, pues oiga, señorita. ¿Qué va a hacer con ese hombre?

—Voy a someterlo con mis compañeras a una cura de desintoxicación alcohólica.

—¿A base de paraguazos o a base de medicinas?

—Mitad y mitad.

—Es que pienso que tal vez habría que llevarle ante el juez —murmuró Stuart.

La dama vestida de negro le señaló las dos estrellas que llevaba cosidas en la pechera. Eran dos estrellas que parecían corresponder a algo así como un rango militar.

—Soy la subjefe de la Liga de la Salud Pública —dijo bruscamente—. La única que está por encima de mí es la jefe, la que lleva tres estrellas. ¡Esa sí que tiene carácter! ¡Esa sí que es un alivio! ¡Yo soy una blanda palomita a su lado! Pero a pesar de mi carácter benévolo, dulce y maternal, a este borracho me lo llevo. Y le daré lo suyo. ¡Vaya si le daré lo suyo! No vuelve a beber en diez años.

—Será porque le va a dejar sin boca —murmuró Stuart.

Pero no se atrevió a contradecir más a la dulce y maternal mujer, porque temió que ésta le asestara uno de sus fulminantes

paraguazos, en cuyo caso no estaba seguro de salir vivo de Mesa.

—Ya veo por su insignia que es usted el nuevo matón del alcalde —dijo despectivamente la de las dos estrellas—. Un pistolero a sueldo, ¿eh? Muy bien, hombre, muy bien… Ya le llegará su hora. El día que caiga en nuestras caritativas manos, va a quedar bien listo.

Y se alejó con su presa.

Stuart hubo de dejar de prestarle atención, porque en ese momento vio a alguien que le hizo pensar inmediatamente en realidades más concretas.

Eran dos hombres.

Iban armados con «Colt» y se dirigían a un *saloon* que estaba muy cerca de allí, y que seguramente era el lugar de donde había salido él borracho.

Stuart hubiera jurado que eran los mismos a quienes vio asesinar a dos hombres muy poco antes.

No estaba absolutamente seguro, porque sólo los vio unos momentos y desde una ventana, pero casi se hubiera apostado la cabeza a que no se equivocaba.

Se metieron en el *saloon* tranquilamente, sin que nadie les estorbara.

Si eran dos asesinos, la verdad era que la gente se preocupaba muy poco de recordárselo.

No se había repuesto aún de su sorpresa inicial cuando vio llegar a alguien más.

Era un tipo realmente extraño.

Alto, delgado, vestido de negro, parecía en algunos momentos una perfecta encarnación de la muerte,

Y sin embargo, era joven. Debía tener la edad de Stuart, o sea unos veinticuatro años. Pero parecía mayor por su expresión helada, y sobre todo por la luz fría y mortal de sus ojos grises.

Llevaba dos revólveres, en cada una de cuyas culatas se veía grabada una inicial: «R».

Aquello lo acreditaba.

Stuart no tenía orden de luchar contra él, al menos de momento. Pero sí que tenía orden de ser más rápido y más hábil. Por eso, al verle entrar en el *saloon* y no, saber lo que se proponía, entró tras él.

El *saloon* estaba lleno de gente.

Nadie parecía prestar demasiada atención a los dos asesinos, que se habían sentado ante una mesa y se disponían a compartir una botella de *whisky*.

Pero en cambio se hizo un vacío casi absoluto, total, cuando River entró. Todo el mundo pareció tener prisa por largarse al otro lado del *saloon*. La barra quedó desierta. Los únicos que no se movieron fueron los dos asesinos, pues ahora Stuart no tenía duda de que lo eran realmente.

River, sin embargo, no los miraba.

Solamente se situó cerca de la barra, como si quisiera beber.

El camarero balbució:

—¿Qué desea, se… señor River?

—No voy a beber.

—La casa invita. Todo lo que usted pida. Como si quiere un barril de *whisky*…

—Sólo quiero una moneda.

—¿Una moneda?

—Sí. Y de las más pequeñas. Lánzala al aire, muchacho.

El camarero lo hizo.

La moneda casi no se vio.

Y de repente River tiró a través de la funda, sin molestarse en «sacar». La moneda se partió en cien fragmentos luminosos. Había sido deshecha materialmente por la bala en el aire.

Después del disparo se hizo un terrible silencio.

River extrajo un cigarrillo ya hecho de uno de los bolsillos de su camisa. Lo tendió al camarero.

—¿Quieres ponértelo en la boca, muchacho?

—No…, no fumo, señor.

—Pues ahora fumas. No sabes lo bueno que es.

El camarero tomó el cigarrillo.

—Tiene usted razón. El tabaco es… es delicioso, señor River.

—Enciéndelo.

—Claro que sí, señor River. Tiene usted razón, señor River. ¿Cómo voy a opinar del tabaco si aún no lo he encendido?

Y prendió fuego a la punta. River se situó de espaldas a él, guiándose sólo por un espejo lejano.

De pronto disparó, sin volverse.

Fue un increíble, un alucinante disparo de espaldas. El camarero pegó un brinco. La brasita del cigarrillo había desaparecido por completo, sin que el resto sufriera el menor daño.

El silencio se hizo aún más atroz, más inquietante.

Todo el mundo parecía adivinar a qué demonios era debido aquello.

Y nadie aplaudía. Nadie parecía respirar siquiera.

Fue entonces cuando Stuart dijo:

—Magníficos disparos, señor River.

River se volvió.

Clavó sus ojos helados en la chapa que Stuart llevaba sobre la camisa.

—Vaya… —suspiró—. Ya me habían dicho que era cierto.

Stuart tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Se limitaba a mirar a River con expresión impasible.

—Me ha contratado para que limpie la ciudad —murmuró.

—¿Incluyéndome a mí?

—De ti no me ha dicho nada.

River rió secamente.

—Bueno… Hablar es fácil. Veamos lo que sabes hacer.

Y él mismo extrajo una moneda.

Era tan pequeña como lá anterior. La lanzó al aire sin decir una sola palabra.

La cosa estaba clara.

Stuart movió la mano derecha y, sin «sacar», disparó una sola vez. La moneda también se convirtió en cien pedazos, desintegrándose materialmente en el aire.

El silencio se hizo atroz. A partir de aquel momento hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Todo el mundo adivinaba instintivamente que la rivalidad recién nacida entre aquellos dos hombres iba a traer sangre.

Y lo adivinaron sobre todo los dos asesinos, quienes supusieron con fundamento que ellos serían el «premio» final.

Uno de ellos movió cautamente el revólver, sin que nadie lo notara.

Stuart decía en ese momento:

—¿Por qué no pones un cigarrillo encendido en el borde de esa mesa, River? Primero le haré dar la vuelta de un balazo, luego lo

apagaré.

River estaba algo pálido, porque no suponía en su rival una maestría semejante. Pero accedió.

Encendió un cigarrillo y lo puso en el borde de una mesa.

Stuart disparó desde el borde de la funda, sin sacar apenas el revólver. La primera bala «hizo dar una vuelta completa al cigarrillo. La segunda le arrancó la brasita de la punta.

Fue en ese momento, entre el silencio atroz que siguió a la exhibición, cuando el asesino que había preparado el revólver decidió jugarse la vida a una carta.

Pensó que los dos agentes estaban distraídos.

Con un gesto de rabia extendió el brazo armado. Rechinaron sus dientes al darse cuenta de que nadie interrumpiría su maniobra; al darse cuenta de que lograría eliminarlos a los dos.

Segundos después sus dientes volvieron a rechinar, pero fue de agonía.

Las dos balas le habían alcanzado a la vez. Una en la cabeza, otra en el corazón. Se desplomó como un fardo, sin darse aún verdadera cuenta de que moría.

El otro no se movió.

El otro estaba espantosamente quieto, como si hubiera muerto también.

River murmuró:

—Creí que le había visto yo sólo.

Y Stuart:

—Lo mismo pensaba yo. Que tú no lo habías visto.

—¿Quién de los dos le ha dado en la cabeza?

—Y yo también. Uno de los dos se ha equivocado. Uno de los dos es un trasto disparando —dijo, mientras lanzaba una brutal carcajada—. Creo que tú y yo tendremos que enfrentarnos otra vez, amigo. Hay que discutir muchas cosas aún… Pero yo había venido a otra cosa.

Se dirigió al asesino que aún estaba con vida.

—George —dijo—, te acuso de haber asesinado esta mañana a dos hombres en plena calle.

—Yo… no… no…

—Ya sé, no lo has hecho solo. Te ha ayudado tu amiguito, pero él no puede contestar a mis acusaciones porque *se ha ido*. Tú, sí,

amiguito. ¿Qué dices? ¿Eres culpable o inocente?

—Inocente.

—Muy bien, pues si eres inocente, ¿por qué lo mataste?

Resonaron algunas carcajadas contenidas. El asesino estaba más pálido cada vez.

—Yo no maté a nadie —mascculló.

—Perfecto. Entonces se te declara culpable.

Y River fue a disparar sobre él, sin más.

Por lo visto era algo así como *sheriff*, juez y verdugo al mismo tiémpo.

Stuart murmuró:

—Eh, alto.

—¿Qué te pasa ahora?

—No puedes matarle así.

—¿Por qué no? ¿Pero qué te ócurre, muchacho? —la voz de River era burlona—. Todo el mundo lo ha oído: es culpable.

—Eso lo has dicho tú, no él.

—¿Y él qué va a decir?

—Lo que sea lo dirá delante de un jurado.

—Conque jurados, ¿eh? Déjate de mandangas.

Y fue a disparar, pero Stuart se mostró más rápido. Increíblemente rápido.

De un solo balazo destrozó el revólver que River tenía en la derecha sin rozarle ni un dedo.

River aún tenía otro «Colt», pero no se movió.

Estaba como paralizado.

—Te arrepentirás de esto —dijo suavemente—. Te arrepentirás; muchacho, porque a mí nunca me ha importado un muerto de más, y tú me estás estorbando. Te lo advierto desde ahora.

Tensó y destensó la mano derecha dos veces y añadió:

—Si has pedido el juicio legal para ese hombre, lo tendrá. Porque, aunque no te des cuenta, acabas de manifestar tu última voluntad, amigo. Y la última voluntad de los condenados a muerte es siempre una cosa sagrada.

Sacó el otro revólver y apuntó al asesino.

—Ven —dijo—. Te llevaré ante el juez. Me encargaré de que mañana mismo se celebre el juicio.

Y salió con él, mientras en el interior del local se mantenía

aquel espantoso silencio.

Stuart tenia un sabor amargo en la boca.

Sabía que los hombres como River no bromean jamás. Y sabía que un día no lejano —quizá mañana mismo— se encontraría ante, su revólver.

CAPÍTULO IV
LOS JURADOS DE MESA

En efecto, el juicio se celebró al día siguiente.

Allí las cosas iban rápidas. Quiero decir que se moría con más velocidad que en otros lugares de Arizona.

En un santiamén estuvieron listos el juez, los jurados y, ni qué decir tiene, el acusado. La sala se llenó a rebosar. El juicio empezó a las cinco de la tarde.

Los jurados habían sido elegidos entre comerciantes y hombres de posición acomodada en la ciudad. Se suponía que ellos eran los más honrados. Pero en sus caras vio Stuart —quien se hallaba en primera fila— que esa suposición quizá estaba muy lejos de la realidad.

River también se hallaba en primera fila.

Con sus dos revólveres —pues ya se había comprado uno nuevo—, con su sonrisa helada y con sus ojos de verdugo.

El acusado fue traído a la sala entre el silencio del público. El juez leyó la acusación. Luego se dirigió al fiscal.

—¿Qué testigos hay?

El fiscal se encogió de hombros.

—Ninguno.

—¿Cómo? ¿Es que nadie vio matar a los dos vecinos que fueron enterrados ayer?

—No, señor juez.

—¿Entonces, por qué traen a este hombre aquí?

—River lo ha detenido, no yo.

Stuart rechinó los dientes.

Se dio cuenta de que aquello era una comedia indigna. De que Connally y Burton, los que movían los resortes del hampa en aquella ciudad, ya habían pagado o amenazado al fiscal para que no le acusase. Y los miembros, del jurado, por la cara de imbéciles que ponían, debían estar pagados o amenazados también.

Estuvo a punto de decir que él había visto matar a dos hombres,

y que uno de los asesinos era el acusado que estaba allí. Pero en conciencia tampoco hubiera podido jurarlo, de modo que prefirió callarse.

El juez siguió mirando al fiscal.

—¿Entonces no mantiene la acusación contra él?

—¿Cómo voy a mantenerla si no me he enterado de nada?

El juez volvió la cabeza.

—¿Y el defensor?

—Pido la absolución —dijo sencillamente el encargado de la defensa.

Stuart estaba sencillamente atónito.

Nunca creyó que un juicio «legal» en aquella ciudad pudiera marchar de aquella manera.

El juez miraba al presidente del jurado.

—¿Y ustedes qué opinan? —preguntó.

El presidente del jurado, un comerciante gordo como un buey semental, se puso en pie y secó las gotas de sudor que nacían en su frenté.

—Si no hay acusación, ¿nosotros qué vamos a opinar? Este hombre debe de quedar libre inmediatamente.

—¿Entonces pronuncian un veredicto de inocencia?

El presidente del jurado iba a afirmar cuando en ese momento River se puso en pie.

Se dirigió al presidente del jurado antes de que éste dijera una palabra, lo sujetó por las solapas, lo zarandeó y lo envió al otro lado de la sala, entre el público.

Se oyeron murmullos, maldiciones y gritos, pero nadie se movió.

— ¡Culpable! ¡Culpable!

River se encaró con el fiscal.

—¿Hay acusación ó no hay, amigo?

El fiscal estaba lívido.

Miró hacia los primeros bancos, en los que se encontraban Connally y Burton. Estos, ostentosamente bien vestidos, le hicieron señas negativas.

Pero River ya se había situado muy cerca de él, con la derecha apoyada, como por casualidad, en uno de los revólveres.

—¿Así que no hay acusación? Tendremos que pensar eso con

calma, amigo.

El fiscal balbuceó:

—Yo… Bueno… Tal vez… Si hay un testigo…

Uno del jurado se levantó.

—¡Yo! ¡Yo le vi disparar!

River le hizo sentarse con un gesto.

—¡Tú no sirves, burro! Tú tienes que ser imparcial.

El del jurado se sentó mientras gritaba:

—¡A la horca! ¡A la horca! ¡Culpable!

Un individuo que tenía pinta de camarero, pues aún llevaba el mandil puesto, se puso en pie a continuación.

—Yo servía en el *saloon* cuando todo ocurrió —dijo—. Yo vi a ese individuo, junto con su compañero, cometer el asesinato.

Ahora sonaron voces por todas partes.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Ahora lo que sobraban eran testigos.

El fiscal se llevó las manos a la cara, que se había quedado lívida.

—Acuso a este hombre de doble asesinato —dijo—. Y acuso también a su compañero, felizmente muerto.

El defensor no supo qué decir.

El juez miró de nuevo al presidente del jurado.

—¿Usted qué piensa? ¿Quiere deliberar con sus compañeros?

— ¡No hace falta! ¡Culpable! ¡Culpable!

—¡Felizmente culpable! —masculló alguien, para que sonara como lo de «felizmente muerto».

River se volvió hacia el juez.

—Ya ve que la cosa está clara —dijo—. De modo que puede dictar sentencia, compadre.

Pero en aquel momento él acusado se movió.

No estaba dispuesto a que las cosas terminaran de esa manera.

De la amplia caña de su bota extrajo un pequeño revólver. Era un antiguo «Colt» de dos cañones. Fue a disparar sobre la espalda de River.

El hecho de que llevara el arma indicaba que nadie le había registrado, que hasta los guardianes estaban de acuerdo con él.

Stuart se movió instantáneamente. Fue como si un resorte saltara en su interior. Gritó:

—¡Quieto!

El asesino se volvió hacia él, con las facciones contraídas.

Fue un disparo difícil para Stuart, puesto que el otro ya le estaba apuntando. Logró ganarle sólo por dos décimas de segundo, colocándole la bala en mitad de la frente antes de que el otro disparara.

El acusado —al que, desde luego, ya nadie iba a volver a acusar— se derrumbó estrepitosamente, entre un grito unánime de la sala.

El juez dio varios golpes enérgicos con la maza.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Orden…!

Cuando el silencio se hubo restablecido en parte, dijo con voz temblorosa:

—Condeno a este hombre a muerte.

Sonaron nuevos gritos. Los que estaban más cerca del cadáver se lo llevaron inmediatamente.

Por encima del tumulto general, su voz llegó con claridad hacia él.

—Me ha salvado la vida —dijo—. De no ser por usted, ese tipo me hubiera baleado por la espalda.

—No le he salvado por ser usted, River. Lo he hecho sólo porque no me gustan los asesinatos de esa clase.

—De todos modos, gracias.

—Olvídelo.

River sonrió de aquella forma helada que era habitual en él.

—Al menos se habrá dado cuenta de una cosa —dijo.

—¿De qué?

—Habrá visto lo que es aquí el juicio «imparcial» que usted quería.

—El suyo tampoco lo ha sido, River.

—Pero al menos no me he equivocado. Ese tipo era el asesino, ¿verdad? ¿O no lo era?

—En este caso no se ha equivocado. Pero sólo en eso.

—Lo cual es bastante para que aprenda una cosa, Stuart: no se puede limpiar esta ciudad más que con mis métodos. Burton y Connally se han propuesto apoderarse de ella e imponer aquí su

ley. El sistema que emplean tiene un solo nombre: plomo. Vaya usted con la ley y se reirán en sus barbas.

Stuart no contestó.

No conocía aún bastante la ciudad para emitir un juicio sobre aquello, pero al menos las palabras de River le habían dejado confuso.

La sala, mientras tanto, iba a ser desalojada.

La gente salía haciendo comentarios en voz alta. El fiscal se disculpaba con gestos ante Burton y Connally, que aún estaban en la puerta, como indicándoles que no había podido hacer nada más.

River señaló a sus hombres.

Iban bien vestidos, como dos auténticos caballeros, pero de las levitas perfectamente cortadas asomaban los revólveres.

—Ahí están los futuros reyes de la ciudad —dijo—. Si no quiere someterse a ellos deberá luchar con el gatillo. Y no piense en ninguna otra posibilidad, amigo.

Stuart no contestó.

Pero cuando se dirigía hacia la puerta oyó de nuevo la voz de River.

—Oiga, amigo, y una última advertencia.

—¿Qué?

—Yo soy él más rápido. Soy el más rápido y el mejor, de modo que Colbert, mi jefe, va a resultar elegido. Dígale eso a Palmer y búsquense los dos otro trabajo, ahora que están a tiempo.

Stuart tampoco contestó.

Salió de la sala, que había quedado ya vacía. En la calle se formaban aún numerosos corros que fueron disolviéndose. Pronto aquello quedó sumido en un ambiente tan apacible como el de unas horas antes.

El joven entró en el *saloon*.

Había poca gente allí. Sin preguntarle nada, el dueño le puso ante los ojos una gran jarra de cerveza.

—La casa invita.

—Gracias, pero yo más bien quisiera una información.

—¿Qué clase de información?

—Usted tal vez haya oído nombrar a una tal Elena Ringold.

El camarero se pasó una mano por la barbilla.

—Elena Ringold… Pues no lo recuerdo. ¿Cómo es?

—La verdad es que no lo sé. Sólo conozco su nombre.

El otro chasqueó los dedos.

—No, definitivamente, no lo sé —dijo—. Y es extraño, porque conozco a todo el mundo en Mesa.

—Pues no lo entiendo…

Y bebió un largo sorbo de cerveza, cosa que le hacía buena falta. La boca se le había secado durante el juicio.

Mientras bebía oyó unos pasos a su espalda.

Un paraguas paseó por la barra. Dos hombres que bebían *whisky* —los únicos— vieron que sus vasos volaban por los aires.

El camarero estaba lívido.

Stuart se volvió y pudo ver a aquella ballena a la que ya conocía. Iba vestida de negro, como siempre, y llevaba su paraguas y sus dos estrellas.

Ella amenazó al camarero del otro lado de la barra.

—Le advertí que no sirviera *whisky*. ¡La cerveza aún la toleramos, pero nada más!

—Ha…, ha sido un descuido, señorita.

—¡Si vuelve a olvidarse, mis compañeras y yo le vaciamos el local!

Luego se encaró con Stuart.

—Y usted, granuja, ¿aún no se ha ido?

—No veo motivo para irme…, señora.

—¡Señorita!

—Es igual. Lo que trato de decirle es que no hago ningún daño.

—¡Es un sucio e indeseable pistolero como los demás! ¡Me han dicho que en la misma sala del juzgado ha matado a un hombre!

—¿Era su marido, señora?

—¡Señorita!

—Bueno, tal vez fuera su hijo.

La otra lanzó un paraguazo que el joven pudo esquivar por cuestión de milímetros.

—¡Le denunciaré! —gritó la ballena—. ¡Le denunciaré al jefe superior!

—¿Y quién es su jefe superior?

—¡La de las tres estrellas!

—Pues ya tengo ganas de conocerla.

—¡Cuando la conozca, lo lamentará!

—¿Pesa tanto como usted?

La ballena movió de nuevo el paraguas.

Y esta vez alcanzó a Stuart, quien, sin embargo, resistió bien la acometida. Aquel golpe, que hubiera tumbado a un bisonte, le hizo vacilar, pero nada más.

—¡Esto es una advertencia! —gritó la de las dos estrellas.

—Se lo agradezco… y quisiera preguntarle una cosa.

—¿Qué quiere saber? ¿Si soy capaz de atizarle de nuevo? ¡Pues sí que lo soy!

—No, no… Unicamente quería saber si conoce a una tal Elena Ringold…

—¿Elena Ringold?

—Tiene que ser una dama de esta ciudad. Y supongo que con una buena posición económica.

La otra vaciló, mientras repasaba sus recuerdos.

—Pues, no, no la conozco… —murmuró al fin—. Y eso que he tratado con todas las señoras honorables de la ciudad, ¿Pero qué digo? ¡Claro que no he de conocerla! Tratándose de alguien por quien usted siente interés, ha de ser una bailarina. Una fulana de espanto.

—Tal vez, no lo sé.

—Le advierto una cosa —dijo la de las dos estrellas—. Si esa tal Elena Ringold es por casualidad una chica honrada y trata de corromperla, lo pasará mal.

Y con un último giro de su paraguas, que hizo esconderse a más de un bebedor bajo la mesa, salió del local, aquel antro de pecado donde ella sólo había entrado para hacer justicia.

Stuart acabó su cerveza y salió.

Pensaba en la de las tres estrellas.

Si la de dos era así…, ¡cómo debía de ser la otra!

Pero pronto la olvidó.

La olvidó en seguida, porque el cañón de un revólver se clavó suavemente en su espalda.

CAPÍTULO V
LA MUERTE Y ELENA RINGOLD

El que apuntaba estaba a su espalda, pero había alguien más. Otro tipo aseguraba la jugada manteniéndose a unos pasos de distancia, con la mano sobre la culata. Era una trampa bien organizada y de los resultados de esa trampa no se podía dudar.

Estaba listo.

—¿Vais a matarme aquí? —musitó.

—No habría inconveniente. Nadie se metería con nosotros —dijo la voz del que le apuntaba.

Y el otro añadió:

—Pero queremos que Connally lo vea. Queremos que sepa que te hemos metido la mano encima.

El revólver empujó a Stuart.

—Adelante. Ve hacia el otro lado de aquella casa.

Stuart conocía ya lo bastante aquella ciudad para saber que más allá de la casa que le indicaban había un descampado. Era un sitio ideal para matar a un hombre sin que nadie se diera cuenta. Y aunque se dieran cuenta, ¿qué?

Sólo podía confiar en River, suponiendo que no fuera el propio River el autor de aquella trampa.

El que le apuntaba pareció adivinar sus pensamientos cuando dijo:

—A River lo hemos entretenido, lejos de aquí. Hay una pelea al otro lado de la ciudad para hacerle intervenir.

Doblaron la esquina de la casa.

El descampado apareció ante los ojos de Stuart.

El hombre que seguía tras ellos masculló:

—No te preocupes por el traslado, muchacho. Nosotros mismos te llevaremos al cementerio.

Y el otro le dio un empujón con el cañón de su revólver.

Stuart cayó al suelo, girando sobre sí mismo. No le habían quitado el revólver, pero eso poca importancia tenía ahora. Dos

hombres le apuntaban a menos de cinco yardas de distancia.

Uno de ellos barbotó:

—Así, yendo tú armado, nadie podrá decir que ha sido un asesinato…

Stuart, mientras caía, hizo algo que dibujó chispitas de asombro en los ojos de sus enemigos. Fue tan rápido, tan brutal, que no llegaron ni a verlo bien. El revólver asomó por debajo de su cuerpo cuando parecía que no había acabado de caer del todo. Giró levemente la cabeza y disparó.

Parecía como si no hubiera podido ver a sus enemigos. Y en realidad, así fue. Sólo entrevio sus sombras.

Pero para él era bastante con eso.

No mucho tiempo antes fue el rey de los pistoleros en Texas y Nuevo México. Y el breve tiempo que llevaba en libertad le había bastado para ponerse otra vez en forma.

Los dos hombres cayeron como fulminados por un rayo.

No lo entendían, y no lo entendieron tampoco en el momento de morir. Sus cuerpos se hundieron en el polvo mientras Stuart se incorporaba de un salto.

Alguien disparó entonces contra él. Era un hombre que llegaba a caballo, pero que estaba todavía ha demasiada distancia. La bala, sin embargo, pasó rozando la cabeza de Stuart, que hubo de lanzarse a tierra de nuevo.

Apretó el gatillo a su vez.

El jinete se alejó, picando espuelas rabiosamente, al ver que todo había salido mal. Stuart le reconoció a distancia. Era Connally. Había venido a verle morir y lo que tenía que procurar ahora era que no le matasen a él.

Otra vez Stuart disparó, pero sabiendo que sería inútil.

La distancia resultaba demasiado grande. El jinete desapareció tras un edificio lejano, tirando también, aunque sólo para cubrirse.

Stuart arqueó una ceja.

Sus dos enemigos, alcanzados en la cabeza, estaban muertos. No iban a darle ya más preocupaciones.

—Vosotros dos prometisteis llevarme al cementerio —dijo—. Creo que estoy obligado a hacer lo mismo.

Buscó con los ojos un carro y lo encontró a poca distancia de allí. El caballejo se removía inquieto. Cargó los dos muertos, tomó

al animal de la brida y lo condujo poco a poco por el sendero que llevaba directamente al cementerio de Mesa.

No tardó en llegar a él.

Era un cementerio viejo, pero ordenado y limpio, que incluso estaba circundado por una verja.

Pese al clima habitualmente seco de la región, la vegetación crecía en él. Los cipreses eran suavemente mecidos por el viento. La hiedra tapaba algunas antiguas lápidas.

No había nadie allí. La sensación de soledad llegaba a hacerse angustiosa.

Stuart buscó con Sos ojos un lugar donde enterrar a los dos muertos, una sencilla cruz y un nombre. Aquel par de forajidos tendrían bastante con eso.

Se dirigió hacia allí.

Pero entonces sus ojos tropezaron con una de las más viejas lápidas del cementerio, medio cubierta ya por la hiedra y por la patina dé los años.

En esa lápida había solamente un nombre:

ELENA RINGOLD

CAPÍTULO VI
TRES ESTRELLAS

El joven quedó paralizado.

Bruscamente, el muerto que llevaba a sus espaldas cayó a sus pies. Le faltaron fuerzas para sostenerlo.

Sus ojos turbios volvieron a mirar aquello. Creía no haber visto bien.

Pero el nombre estaba claro: Elena Ringold. Era el de la mujer que, con su dinero, le había sacado de la cárcel anticipadamente.

Stuart no entendía nada, nada absolutamente.

Hasta que aquella voz dijo a su espalda:

—Ahí está enterrada tu madre.

Stuart se volvió. Y entonces, su asombro creció más aún, si eso era posible, porque detrás de él tenía a una mujer vestida de negro. Exactamente igual que la ballena, porque no le faltaba ni el paraguas. Pero ésta no era una ballena. Por el contrario, tenía un cuerpo esbelto, una cintura cimbreante y unas turbadoras caderas. Sus cabellos rubios le caían sobre la espalda en una larga trenza. Tenía los ojos azules y hermosos, pero infinitamente tristes.

Encima de su vestido negro, parecido a un uniforme, destacaban tres estrellas.

El joven musitó sin voz:

—Laura…

Laura avanzó hacia él, pero no demasiado. Quedó quieta a unos tres pasos de distancia. Alzó la cabeza, le miró con infinito desdén y murmuró:

—Sí. Ahí está enterrada nuestra madre.

Stuart miró a su hermana Laura y susurró:

—¿Enterrada? ¿Cuánto tiempo hace?

—Dos años. Tú estabas en la cárcel.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Ella volvió a mirarle con aquella expresión entre desdeñosa y amarga.

—¿De verdad crees que valía la pena?

—Cierto… Tampoco hubiera… podido salir de allí.

Y miró la lápida para mirar luego el rostro de Laura.

—¿Pero cómo es posible que ni siquiera esté aquí su nombre?

—Ella tenía poco dinero para una sepultura. Y para una lápida digna. Pero en el último momento, ya en el lecho de la muerte, cambió de opinión. Dijo que ese dinero tenía que ser para ti, para sacarte de la cárcel.

—¿Y no tuvo ni tumba?

Laura señaló aquella junto a la que estaba él.

—Elena Ringold era una amiga de la infancia de nuestra madre. Sus hijos consideraron un honor que fueran enterradas juntas. Y con el dinero en mi poder yo me inmovilicé inmediatamente para obtener tu libertad, pero era imposible. Me dijeron que necesitabas acreditar al menos tres años de buena conducta. Al transcurrir el tiempo insistí, pero no di mi nombre.

—Ni siquiera sabía que estabais viviendo en Mesa —susurró Stuart.

—Y yo procuré que no lo supieras. Esperaba tener el honor de no volver a verte nunca más.

El cerró un momento los ojos.

—¿Crees que eres justa, Laura?

—Claro que lo soy. Toda tu vida has actuado como un pistolero sin alma. Camorrista, amigo de los desafíos, de los jaleos y de los puñetazos. Lo único que sabes es manejar el revólver. Yo, en cambio, vivo pensando en cosas absolutamente distintas. Fundé un grupo que está actuando por toda la comarca. Fuera el alcohol, fuera las armas, fuera las salas de juego, fuera las peleas y hasta las apuestas. Esto tiene que cambiar. El Oeste tiene que ser una tierra limpia. Y los hombres como tú la ensucian, aunque seas mi hermano.

Stuart no respondió.

Sólo una sonrisa triste flotaba en sus labios.

—Siento que hayas venido aquí —añadió ella—. Siento que hayas descubierto este pequeño secreto. No te ocultaré que, en el fondo, sentía ilusión por verte. Que a veces pensaba en ti y me decía que tal vez hubieras cambiado. Pero después de los años vuelvo a verte y te encuentro cargado con los cuerpos de dos

hombres a los que acabas de matar. ¿Es que eso es todo lo que sabes hacer? ¿Es eso todo lo que te han enseñado en la cárcel?

Stuart no respondió.

Durante un instante les rodeó un pesado, un ominoso silencio.

Al fin musitó:

—Comprendo que no soy lo que se dice un tipo recomendable, Laura.

—No, no lo eres.

—Te pido perdón.

—¿De qué sirve eso? Seguirás siendo el mismo. Naciste con un revólver y con un revólver morirás. Durante toda mi existencia no he hecho más que avergonzarme de ti.

—Me iré en seguida —dijo él—. Enterraré estos dos cadáveres y no volverás a verme nunca más.

—Eso espero. Es triste tener que decirlo, pero será mejor que tú y yo vivamos separados, que no volvamos a vernos.

Y se alejó.

Sus ojos volvían a tener aquella expresión helada, ausente. Sus labios, que parecían incapaces de sonreír, formaban una línea dura y seca.

Stuart permaneció largos minutos en silencio, ante aquella lápida bajo la cual yacía el cuerpo de su madre.

Una mujer a la que ninguna alegría le dio. Una mujer que le hizo el último favor —el último y desesperante favor de su vida— en el momento de morir.

Nunca había llorado, pero ahora sentía como si las lágrimas quemaran sus ojos.

Se avergonzaba de sí mismo, se avergonzaba de estar vivo aún.

Luego reaccionó. Y tomó una de las palas que había aquí y allá, en el cementerio, para abrir una fosa.

La hizo bastante amplia para que cupieran los dos hombres. Los depositó en el fondo y luego cubrió la sepultura.

Hecho esto, compuso con dos ramas una sola cruz, pero no grabó en ella ningún nombre porque no sabía quiénes eran sus enemigos. Con una navaja sólo dibujó dos «X», una junto a otra.

Luego se alejó del cementerio.

Estaba decidido a marcharse de la ciudad para no volver nunca más a ella. Buscaría trabajo en cualquier lugar, cuanto más lejos

mejor. En California y en Nevada decían que nunca sobraba gente.

Ni siquiera se despidió de Palmer.

Ya colgaría la chapa de cualquier árbol. Al infierno todo. Nunca más volvería por Mesa.

Fue a alejarse de la ciudad a pie, poco a poco, como el que no tiene prisa en llegar a ninguna parte.

CAPÍTULO VII
NORA LEYMAN

Para tomar el camino que llevaba hacia el oeste de California, se pasaba por el sector más extremo de la ciudad de Mesa.

Era un sector bastante pobre: casas de un solo piso, construidas sólo de troncos con porches batidos por el viento…

Más allá, el camino polvoriento se perdía en el infinito. Era lógico porque todo el Oeste llevaba al infinito, al fin y al cabo. Pensar en California y en las costas del Pacífico era como pensar en tierras interminables y desconocidas. Stuart estaba dispuesto a llegar hasta ellas y a establecerse allí. Nunca más volvería al Este.

Vio que ante una de las casas había tres caballos.

Eso no le llamó la atención. Tres caballos. Bueno, ¿y qué? También era lógico.

Pero no lo era tanto el grito que escuchó a continuación, aquel grito de angustia que partía de la garganta de una mujer.

Acababa de sonar dentro de aquella casa.

Stuart se detuvo, mientras su cerebro relacionaba inmediatamente unas ideas elementales. Tres caballos quería decir tres hombres. Tres hombres y un grito de mujer.

No lo pensó más.

Dio un salto y entró en la casa, derribando con su cuerpo la puerta que había sido cerrada por dentro.

Lo que vio hizo que sus dientes rechinaran y que en sus facciones se dibujara una mueca de odio.

Tres hombres tenían acorralada a una muchacha. Aún no le habían puesto la mano encima, pero sus intenciones estaban claras. O iban a matarla o iban a hacer con ella algo peor.

Los tres se volvieron al oír el estruendo que acababa de hacer Stuart al derribar la puerta.

Tenían esa pinta característica de los tipos que han nacido para matar. En sus facciones terrosas brillaban seis ojillos como el diamante. Las manos fueron instantáneamente hacia las cercanías

de los revólveres.
Uno de ellos masculló:
—¿Quién eres tú, fisgón?
—Yo le conozco —murmuró otro—. Fijaos en la chapa. Es el agente de Palmer. Y ha matado a varios de los nuestros.
Los tres hombres se distanciaron un poco.
Sus facciones se contrajeron, mientras todos sus músculos se tensaban, listos para la acción.
Fue el tercero quien habló con voz más tranquila, como si pensara que no había por qué preocuparse tanto.
—Bueno, si es el agente de Palmer, tenemos que alegrarnos. Ha venido a meterse él mismo en la boca del lobo.
Stuart ni siquiera parpadeó. Dijo solamente:
—Claro…
Sabía que allí sólo podía pasar una cosa, y por eso se adelantó. El que tira primero, tira dos veces.
Claro que él necesitaba tirar tres.
Nunca había movido el revólver con tan frenética rapidez, mientras sentía la muerte en su boca. Los tres forajidos saltaron casi al unísono, como si improvisaran un extraño baile. Sólo uno pudo disparar y la bala produjo una leve herida en el lóbulo,de la oreja derecha del joven. Los otros dos enviaron los «Colt» al techo antes de poder apretar los gatillos. Cayeron con las facciones asombradas, sin comprender aún que aquello era la muerte.
Con las piernas entreabiertas y la mano pegada al revólver, Stuart les vio caer.
Sólo a su decisión se debía el haberles vencido. Las décimas de segundo qué ganó habían sido definitivas.
El humo de la pólvora lo llenaba todo. Stuart guardó el revólver tranquilamente.
—Lo siento —murmuró—. Me los llevaré de aquí en seguida.
Se le podían calcular unos veinte años. Era curioso, pera se parecía a Laura. Los mismos cabellos rubios recogidos en una trenza, las mismas facciones aniñadas y, sin embargo, enérgicas; los mismos ojos azules y tristes.
Claro que era más bonita que Laura. O al menos, a Stuart se lo pareció, aunque no quería fijarse en demasiados detalles.
La desconocida iba vestida con una bata de casa, debajo de la

cual habían muchas cosas que se entreveían. Seguramente ni ella se daba cuenta de eso. Stuart decidió mirar hacia otro sitio.

Ella musitó:

—Debo darle las gracias. No creí que nadie pudiera salvarme ya.

—¿Qué querían esos buitres?

—¿No lo imagina? Y luego me hubieran matado.

—¿Por qué?

—Me llamo Nora Leyman.

Al principio, Stuart no lo comprendió. Aquel nombre no le decía absolutamente nada.

—¿Qué tiene eso que ver? —murmuró.

—Mi padre es candidato a la alcaldía de la ciudad.

—Ah, ya lo recuerdo… Es el tercer candidato. El pobre, por llamarlo de alguna manera.

—Sí, Palmer y Colbert son los ricos.

—Recuerdo algo más. Es el que en los carteles de propaganda sólo pone: «Leyman sólo promete justicia.»

—Todo lo que está diciendo indica que es usted forastero —bisbiseó Nora.

—Sí. Hace muy poco que estoy aquí.

—¿Y ya es agente de Palmer?

—Me contrató en Oklahoma City porque le pareció que sabía disparar bien. Pero conozco muy pocas cosas de la política de esta ciudad.

Ella señaló a los tres muertos.

—Ahora ya empieza a conocer bastante.

—¿Por cuenta de quién actuaban?

—No lo sé, pero tienen aspecto de ser forajidos. Como los que mandan Connally y Burton.

Una sola ojeada bastó a Stuart para convencerse de que la muchacha tenía razón. Además, él ya había pensado aquello mismo cuando les vio.

—¿Por qué iban a tener interés en eliminarla?

—Para que mi padre se retirara de las elecciones. No quieren correr el riesgo de que salga elegido.

—Ha prometido limpiar la ciudad, ¿no?

—Ellos saben que si triunfara lo haría.

Y Nora añadió tristemente: .

—Pero sólo me he salvado en el primer *round*. Quedan otros muchos. Mi padre debe viajar por la comarca para buscar partidos. No tiene dinero para pagar pistoleros, y yo estoy indefensa muchas veces. Esta sangre traerá sangre. Me matarán.

Stuart se dio cuenta de que ella no lo decia con miedo. Lo decía con pena, porque eso significaba que todos sus sacrificios no iban a servir de nada.

El joven apretó los labios.

—¿Tiene un carro? —murmuró.

—¿Para qué?

—Me llevaré a esos fiambres.

—No lo haga. Sólo faltaba eso. Avisaré yo mismo al de la funeraria y pagaré los gastos.

—Yo sé lo que me hago —dijo él—. Proporcióneme un carro, haga el favor.

—Detrás de la casa hay uno. Está ya enganchado porque iba a cargar unos paquetes en él.

—Esos serán los «paquetes» ahora —dijo Stuart, señalando a los tres muertos.

Los fue sacando uno a uno, cargándolos en el carro que le indicó la muchacha. Cuando lo tuvo todo listo tomó el caballo de la brida.

Era la segunda vez que hacía eso en el mismo día. La jornada estaba resultando muy «activa».

—¿Adonde va? —preguntó ella.

—Ya le hablaré de eso. Y quizá nos volvamos a ver, Nora.

Encaminó el caballo hacia el centro de la ciudad.

Todo el mundo se quedaba como petrificado al ver que llevaba a los tres muertos. Algunos transeúntes se quitaban el sombrero, otros lanzaban gruñidos al ver quiénes eran los fiambres. En la ventana de una casa de juego, alguien se puso en pie de repente.

Era Connally.

El mazo de cartas que tenía en la mano se le cayó pesadamente a tierra.

—Oye, tú…

El que jugaba con él se levantó también. Llevaba un cigarro entre los dientes.

Era Burton.

Se acercó a la ventana, vio lo que pasaba abajo y abrió mucho la boca.

El cigarro cayó al suelo, con el riesgo de quemar la alfombra.

—Cuerno…

—Son los que habíamos enviado a terminar con Nora Leyman.

—Y los ha debido de matar éste, el que los lleva.

—Es peor que River…

—Infiernos, hay que tomar una decisión.

Los dos hombres abandonaron la ventana. Los naipes y el cigarro quedaron olvidados sobre la alfombra.

Mientras tanto, Stuart había llegado con el carro y su fúnebre carga frente a un local que ahora ya conocía. Era una casa pintada de blanco en cuya puerta se leía: «Liga de la Salud Pública».

En la entrada, como si fuera un centinela, montaba guardia otra especie de ballena, aunque ésta no debía pasar de los ochenta kilos.

En vez de rifle llevaba un paraguas, pero nadie hubiera podido decir cuál de las dos cosas era más temible en sus manos.

Vio los muertos y murmuró:

—¿Huelen a alcohol?

—No.

—¿Eran gente de buenas costumbres?

—Unas costumbres estupendas —explicó Stuart.

—Pues, entonces, adentro con ellos. Les cantaremos un funeral.

Stuart se cargó uno sobre cada hombro, subió al porche y abrió la puerta de un puntapié.

Dentro, en torno a una mesa, había unas cinco o seis ballenas reunidas en sesión.

Las dirigía una que no era ballena ni mucho menos, aunque también estaba para pescarla: su hermanita Laura, la de las tres estrellas.

Laura se quedó petrificada al verle.

—¿Pero qué es esto? —gritó.

Stuart depositó los muertos sobre la mesa, que tembló bajo su peso.

—¡Dinos de una vez qué es esto!

—Esperad. Aún falta otro.

Cargó el tercer cadáver y lo depositó también en la mesa de

reuniones, junto a los otros dos.

Las ballenas y la que no era ballena se habían quedado blancas.

—¿Cómo te atreves…? —farfulló Laura.

—Me atrevo para que tus amiguitas y tú sepáis dos cosas. Primera cosa: que pienso quedarme aquí, en la ciudad de Mesa. Segunda cosa: que voy a quedarme para matar.

—Estás…, ¡estás loco…!

—Lo he estado hasta ahora, al pensar que las cosas de esta ciudad podían arreglarse con unas cuantas leyes y unos cuantos paraguas. Pero lo que aquí hace falta es un revólver, y ese revólver voy a serlo yo. Hay aquí más granujas que en todo el resto de Arizona. Hasta que estén liquidados, no pienso irme de aquí.

Se dirigió hacia la puerta y masculló:

—Cantadles un funeral.

La ballena que estaba en la puerta se dio cuenta de que había cometido un error al dejarle entrar y quiso rectificarlo ahora que estaba a tiempo. Largó su paraguas.

Si llega a alcanzar a Stuart lo deja en el sitio, pero por fortuna para el joven no le alcanzó.

Stuart cruzó al otro lado de la calle.

Mientras tanto, los labios de Laura murmuraban con desprecio:

—Condenado loco…

CAPÍTULO VIII
UN RIVAL DE CUIDADO

Habían transcurrido sólo unas horas desde el episodio de los tres muertos, y Stuart ya era más conocido en la ciudad que el mismímiso River. Palmer le había hecho instalar a toda prisa una especie de oficina en la calle principal de Mesa. Era una oficina que venía a sustituir a la del *sheriff* y que era, por decirlo así, el lugar en la ciudad en que radicaría la ley.

Con eso Palmer se había apuntado un gran tanto.

El limpiaba la ciudad y, por lo tanto, era él quien se ganaría la confianza de los electores.

Las cosas marchaban viento en popa, y pensaba con razón que había hecho el mejor negocio de su vida al contratar a Stuart.

Pero igual pensaba otro hombre, o mejor dicho, pensaba al revés. Porque otro hombre se decía a sí mismo que había hecho el peor negocio de toda su vida al no contratarlo.

Y ese hombre se puso en movimiento.

Stuart no había hecho nada más que estrenar su oficina cuando alguien entró en ella. Era un individuo muy bien vestido, casi atildado, de ojos inteligentes y fríos. Se sentó ante la mesa sin pedir permiso y le ofreció a través de ésta un oloroso habano.

—Soy Colbert —dijo.

Stuart rehusó el cigarro.

—Gracias, señor Colbert. Sólo fumo tabaco barato. No sabía que tendría el honor de conocerle tan pronto.

—Supongo que me ha oído nombrar.

—Claro que sí, señor Colbert. Usted es el candidato rival de Palmer. Y rival también de Leyman, aunque me temo que éste no cuenta.

—En efecto, no cuenta para nada. Ha aspirado a algo que está fuera de su alcance. Pero vamos al grano, amigo Stuart.

—Al grano, señor Colbert.

—Yo soy hombre de acción. Tengo excelentes negocios en la

ciudad y creo que en ella podré hacer grandes cosas, siempre y cuando llegue a limpiarla de granujas.

—He visto que los granujas abundan, señor Colbert. Connally y Burton los traen a montones.

—Son gente que tienen prestigio en los bajos fondos. Los hombres de Connally y Burton son una garantía para cualquiera que quiera trabajar en una banda al margen de la ley. Y por eso los forajidos vienen aquí, porque creen que Connally y Burton dominan a la ciudad.

Stuart guardó silencio. Sabía todo aquello, pero dejó que el otro siguiera explicando.

—Para mis ambiciones políticas yo he jugado una carta que es buena —continuó Colbert—. Si esta ciudad está podrida de forajidos, el hombre que los elimine será elegido alcalde con seguridad. Por eso me traje a River. Ya sé que mi actuación no es desinteresada, porque la empleo como arma política, pero sé que hago un bien a la ciudad al librarla de toda esa gentuza.

—Eso es cierto, señor Colbert.

—Tan buena es mi idea que Palmer la imitó, y Palmer lo trajo a usted. Al principio pensé que eso no tenía importancia, porque es difícil encontrar a un pistolero más bueno que River. Pero usted ha demostrado ser mejor que él. Me está ganando la partida.

Stuart ni asintió ni negó.

—Yo quiero quedar al margen de combinaciones electorales —dijo solamente.

—Pero trabaja para Palmer.

—El me contrató.

—¿Por cuánto?

—Vamos a suponer que es un secreto profesional, señor Colbert.

—Muy bien. No me diga la cifra. Pero sea cual sea ésta, yo le pago el doble.

—¿Y River?

River conocía mis condiciones. Tendría trabajo mientras fuera el mejor; si alguien le hacía sombra, él sería despedido. En esto hay que ser el primero o no se es nadie, amigo mío.

Stuart reflexionó.

Colbert le miraba fijamente, con ojos inteligentes y fríos.

—¿Qué decide?

—He de pensarlo, señor Colbert.

—Tiene dé tiempo hasta mañana a las doce. Yo soy un hombre de negocios rápidos.

—Puede que no acepte ni su oferta ni la del señor Palmer —dijo inesperadamente Stuart.

—¿Por qué?

—Porque esta ciudad merece que alguien se molesté en limpiarla completamente gratis.

Y se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

—Es usted un tipo extraño —dijo Colbert, estrechándole la mano—. Pero si quiere un consejo de un hombre de negocios y que ha subido mucho, oiga esto: no haga nunca cosas gratis. Nadie se lo agradecerá. Al contrario, creerán que usted vale poco.

—Lo sé, señor Colbert. Tengo ya una cierta edad para conocer la vida. Pero es que a veces uno necesita hacer cosas sin pensar en el dinero. Cosas para no avergonzarse de sí mismo.

Cuando Colbert hubo salido, reflexionó unos instantes.

Estaba visto que siempre iba a tener que depender de su revólver y eso le entristecía.

Pero al menos lo haría dignamente. Al menos actuaría sin estar contratado por nadie.

Lió un cigarrillo, se lo puso en los labios y salió a la calle, sobre la que pesaban las sombras de la noche.

Necesitaba reflexionar. Dar un paseo a solas.

Abandonó la línea bastante bien iluminada de los porches, donde se oían las alegres musiquillas de los *saloons*, y anduvo por las zonas más oscuras en que imperaba el silencio.

Hundido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que aquello era peligroso.

De que podía morir por la espalda, como habían muerto otros tan listos como él.

Empezó a darse cuenta de este peligro cuando oyó un rumor detrás de él y cuando trató de volverse velozmente, llevando la derecha hacia la culata del «Colt».

Pero no llegó a tiempo. El que le atacaba era un hombre muy hábil.

El joven sintió como si el golpe le llegara al fondo del cerebro. Mientras sus rodillas se doblaban, vio de pronto que el horizonte se

cubría de estrellas diminutas. El golpe se repitió. Y entonces Stuart cayó pesadamente a tierra.

* * *

Cuando despertó, le dolía todo el cuerpo. Le dolía horriblemente, como si le estuvieran abriendo en canal.

Y él recordaba que le habían golpeado solamente en la cabeza. No era lógico que le dolieran también las caderas, las costillas, todo.

Lanzó un gemido.

Úna bocanada de sangre escapó de entre sus labios.

Y entonces, aquella voz lejana, pero conocida, llegó desde la penumbra que le rodeaba.

—Cuidado… No quiero que le matéis. Tiene que quedar vivo.

Stuart se estremeció.

¡Era River!

Entonces vio aquellas dos sombras junto a él, que estaba tendido en el suelo. Eran, al parecer, dos matones que le habían dado una brutal paliza mientras él se hallaba sin sentido. Una paliza que ahora no le permitía ni respirar.

Trató de decir algo y otra bocanada de sangre escapó de entre sus labios.

Estaba deshecho.

Uno de los matones fue a darle otro puntapié, pero River le detuvo con un grito.

— ¡He dicho que le quiero vivo!

El individuo se detuvo.

River avanzó lentamente hacia el herido, mientras sus espuelas sonaban en la penumbra.

—¿Qué? ¿Té sientes bien, Stuart?

Stuart sólo balbuceó:

—Maldito…

—Esto sólo ha sido una pequeña lección. Pudo haber resultado bastante peor para ti.

—Sí… Ya sé que pudiste… hacerme matar… por la espalda…, como es tu sistema…

—Te equivocas, muchacho. Yo no mato por la espalda. Y hasta

reconocerás que he sido muy buen chico esta vez. Sólo he querido darte un aviso.

—¿Un aviso…, para qué?

River se inclinó más hacia él.

Los dos matones se mantenían alerta, pero la precaución era innecesaria, porque Stuart no podía ni moverse.

—He querido advertirte —musitó River— porque me ha parecido advertir que Colbert entraba en tu nueva y flamante oficina.

—Y has visto bien.

—¿Qué venía a ofrecerte? ¿Un empleo?

—Puede.

—¿Has aceptado?

—Todavía no.

River respiró con cansancio, mientras se frotaba las manos en los bordes del pantalón.

—Mira, muchacho, los pistoleros como nosotros no se encuentran fácilmente —dijo—. Modestia aparte, somos de lo mejorcito que ha pisado Arizona en los últimos tiempos. Pero tampoco se encuentran empleos como el que yo tengo ahora. Los dólares me caen del cielo, y lo único que he de hacer es ser más rápidos que los otros. Por eso no quiero cambiar de trabajo. Cuando haya ahorrado lo suficiente, me compraré un pedazo de tierra y me retiraré, pero ni un día antes. De modo que voy a decirte una cosa con voz muy clara, para que te empapurres bien.

Le apuntó con un dedo y añadió:

—Quiero que te largues de la ciudad. Vas a irte volando, ¿entiendes? Cuando Colbert quiera conocer tu respuesta, tú ya no estarás en Mesa. Y si estás aquí, morirás. Y no te digo de qué modo voy a acabar contigo si tú aceptas ser su pistolero.

Stuart incorporó la cabeza lentamente, mientras se incorporaba un poco sobre los codos.

La sangre seguía resbalando sobre su rostro, pero por lo demás, éste reflejaba una inquebrantable decisión.

—Pensaba no aceptar —dijo—, y seguramente no lo haré. Pero de una forma u de otra me quedaré en Mesa. Y tú y tus gorilas pagaréis lo que habéis hecho conmigo.

Los dos matones, que seguían cerca de él, rieron.

Lo veían tan hundido, que no creían que volviera a significar un peligro para ellos.

Pero River no rió.

—Más vale que me mates ahora —dijo Stuart—. Liquídame de una vez o luego será demasiado tarde. Y entonces te arrepentirás.

Uno de los matones balbuceó:

—¿Y por qué no? ¿Por qué no liquidarle ahora?

—Por dos razones —dijo River—. Porque ahora no puede defenderse y porque he querido hacerle sólo una advertencia. Pero óyeme bien, Stuart: tienes veinticuatro horas. Si transcurrido este tiempo no te has largado de Mesa, yo mismo me encargaré de liquidarte. Estás advertido.

Stuart asintió con una leve cabezada.

Sentía que todo daba vueltas en torno suyo, pero consiguió que sus facciones permanecieran tranquilas y serenas.

—Estoy advertido —dijo—. Y lo estás tú.

Los nudillos de River crujieron.

Pareció por un momento como si fuera a empuñar el revólver, pero al fin dijo, con voz áspera:

—Vamos.

Los dos matones se despegaron de la pared y se alejaron. El dirigió una última mirada a Stuart y se alejó también.

Cuando las tinieblas se hubieron tragado las pisadas de los tres hombres, Stuart logró ponerse en pie.

El conseguirlo fue más fácil de lo que pensaba. Le habían aporreado a placer y estaba molido. Pero una luz de inquebrantable decisión brillaba en sus ojos.

Volvería a encontrarse con River.

Aquello no quedaría así.

CAPÍTULO IX
UN DESAFIO EN MESA

El reloj que estaba instalado en su nueva oficina señalaba las nueve de la noche.

Stuart comprobó la que marcaba el suyo, le dio cuerda y lo volvió a guardar cuidadosamente en el bolsillo.

Quizá era la última vez que lo hacía. Era muy posible que dentro de cinco minutos no estuviera vivo.

Acababa de cumplir el plazo que River le dio para salir de la ciudad.

Encajó bien el revólver en la funda y salió de su oficina.

Era posible que la gente se hubiera barruntado algo, porque no se veía a nadie por aquella parte de la calle. Las puertas estaban cerradas, las ventanas no despedían luz.

Stuart daba por descontado que River, a falta de otras virtudes, iba a ser hombre de palabra.

Se presentaría para matarle. En aquello sería puntual.

Y, en efecto, le vio.

River, vestido de negro, como siempre, casi se confundía con las sombras. Llevaba sus dos revólveres en las fundas atadas a los muslos por medio de correíllas. Caminaba tranquilamente, como si hubiera salido a tomar el aire, pero se adivinaba que todos sus músculos felinos estaban en tensión.

Llevaba en los labios un cigarrillo cuya brasita brillaba tenuemente.

Al ver a Stuart, lo arrojó al suelo con un gesto despectivo.

—Hace veinticuatro horas te di una oportunidad —dijo, deteniéndose a unos doce pasos.

—Lo recuerdo muy bien.

—Pero, en cambio, parece que esa oportunidad has decidido olvidarla.

—Por eso estoy aqui.

River rió silenciosamente.

—Sabes que sólo uno de los dos puede estar vivo dentro de un minuto.

—Y tú supones que el muerto seré yo, ¿verdad?

—Lo supongo por muchos motivos.

—Basta con uno. Los dos gorilas de anoche deben estar apuntándome por la espalda, ¿verdad?

River volvió a reír, pero ahora en su risa helada bailoteaba una nota de desprecio.

—A los dos matones de anoche sólo los empleo para trabajos vulgares —dijo—, como, por ejemplo, dar una paliza a un maleante. Para trabajos más finos como, por ejemplo, dar muerte a un testarudo, me basto yo solo. ¿Puedes defenderte? ¿Te sientes ya en condiciones de irte al otro barrio con las conciencia tranquila?

—No es que tenga los músculos muy a punto —reconoció Stuart —, pero puedo moverme.

—¿No te rompieron ningún hueso?

—El médico me ha dicho que no.

—Si quieres puedes darte otras veinticuatro horas —musitó River—. Me molestaría matarte sin que tú estuvieras a punto.

La insolencia y la tranquilidad de aquel individuo sacaban de quicio a Stuart. ¿Quién se había creído River que era? ¿Un superhombre?

Por eso masculló:

—Basta de palabras. Cuando tú digas, River.

River chascó dos dedos con la mano izquierda.

—Claro que sí, hermano. Por ejemplo…, ¡ahora!

Los dos hombres se movieron con vertiginosa rapidez.

Las docenas de espectadores que estaban contemplando aquello agazapados tras las ventanas fueron casi incapaces de seguir los fulgurantes movimientos.

River parpadeó.

Lo último que sintió fue algo así como un infinito asombro.

Nunca hubiera creído que su enemigo fuera tan veloz. Y se dio cuenta en la última infinitesimal fracción de segundo de que iba a ser más rápido que él.

La detonación casi le dejó ciego.

Sintió un violento choque en la cabeza y cayó, soltando el revólver. Lo último que pensó —de una forma terriblemente lejana

— fue que había llegado el fin.

Stuart se acercó poco a poco.

Veía la sangre correr por la cara de su implacable rival.

Había tirado a matar, y estaba seguro de haberle dado bien. Estaba seguro también de haber vencido por una fracción de tiempo tan mínima que ningún instrumento humano hubiera podido medirla.

Dejó caer el revólver en su funda.

Ahora que River estaba caído a sus pies, seguramente muerto, una honda angustia le atenazaba y le impedía respirar.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos, sin darse cuenta.

Pero vio entonces que River se movía levemente. Se inclinó un poco más sobre él.

Vio entonces que la bala le había alcanzado en un parietal, pero sin hundirse en el cerebro. Había sido una rozadura, aunque una rozadura lo bastante profunda para inspirar serios cuidados. Si River tenía alguna posibilidad de salvarse, era a base de ser atendido inmediatamente.

Pensó que, en el fondo, los dos habian tenido suerte.

River por contar con la posibilidad de sobrevivir. Y él porque —ahora lo comprendía— no deseaba su muerte.

Iba a llamar a gritos a un médico cuando alguien dijo muy cerca, con la voz silbante:

—Asesino…

Stuart ladeó la cabeza. Su vestido negro casi no le permitió distinguirla en el primer instante. Pero cuando Laura dio un paso más hacia él, sus facciones se hicieron perfectamente claras y visibles.

Su hermana repitió:

—No eres más que un miserable asesino…

—Ha sido un desafío cara a cara…

—¿Y eso no es una forma de asesinar?

—Pero con garantías —murmuró Stuart.

—Merecíais haber muerto los dos. Porque él es tan perro como tú.

—Pues si quieres salvar la vida de un perro, llama a un médico en seguida.

—¿No has acabado con River?

—Puede vivir, si se le atiende al instante. Hay un viejo proverbio entre los médicos que dicen que las heridas en la cabeza o le matan a uno a la primera o terminan curándose.

Laura balbuceó:

—Nosotras cuidaremos de él.

—Lo que necesita es un médico, no un sermón ni una paliza a base de paraguazos.

—¡Cállate de una vez! ¡Le daremos lo que necesite!

—Pues, entonces, más le valdría haberse muerto, al pobre…

Pero Stuart no pudo decir nada más, porque en ese momento empezaron a aparecer ballenas por todas partes.

La ciudad parecía haberse llenado de ellas. Con sus uniformes negros y sus paraguas, se llevaron a River antes de que su rival pudiera impedirlo de algún modo.

De pronto, Stuart se encontró solo en la calle. Otra vez Mesa parecía una ciudad vacía. Paseó sus ojos por la calle, en cuyo polvo aún destacaba la mancha de la sangre de River.

Aquella desconocida angustia estremeció otra vez a Stuart.

Bruscamente, se sintió más solo que nunca, como si ahora se diese cuenta de que la compañía de River había sido para él una de las cosas más importantes que había encontrado en Mesa.

Echó a andar, cabizbajo, sin darse cuenta de que alguien le seguía.

Dos hombres caminaban casi al compás de él, pero por el otro lado de la calle, absolutamente ocultos entre las sombras.

Stuart, caso de verlos, los hubiera reconocido en seguida.

Eran los dos matones que le dieron la paliza por cuenta de River. Los dos habían presenciado el desafío, y aún no podían creer que River hubiera sido vencido.

—Ahora nos atacará a nosotros —musitó uno de ellos—. Seguro que nos busca.

—Tal vez no. Tal vez ni siquiera se acuerda de que existimos.

—Eso crees tú ahora. Pero verás cuando nos eche el ojo encima. Entre los dos no viviremos ni dos segundos. Hay que eliminarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y si huimos?

—Es inútil; nos buscará. Lo que hemos de hacer es acabar con él ahora que hay ocasión. Mira, está distraído…

—Debimos matarle cuando se desafiaba con River.

—Pero los dos creimos que River iba a ganar.

Mientras bisbiseaban todo esto, Stuart se había colocado ya a unos diez pasos, dando la espalda a los dos rufianes y bien ajeno a su presencia.

Era una víctima ideal. Pocas veces tendrína un blanco tan perfecto.

Uno de ellos farfulló:

—Ahora…

La puerta de una casa se abrió entonces de repente, arrojando sobre la calle un rectángulo de luz. Un hombrecillo salió despedido por el hueco como si lo hubiera disparado un obús de campaña.

Detrás de él, una enorme matrona vestida de negro, y con una estrella a la altura del corazón, aulló:

—De modo que hasta mi propio hermano se emborrachaba a escondidas, ¿eh? ¡Hueles a alcohol que apestas, cerdo, más que cerdo! ¡A dormir a la calle!

El hombrecillo protestó, mientras volaba:

—Pero si los cerdos no huelen a alcohol…

Pasó delante de los dos forajidos en el momento en que éstos se disponían a apretar el gatillo. Frenaron de una forma instintiva, mientras lanzaban una maldición.

Stuart se había vuelto también al oír aquellos gritos.

Vio a los dos hombres con los «Colt» en las manos. Y a la luz que se desprendía por la puerta, pudo reconocer sus rostros.

Se dio cuenta de lo que estuvo a punto de suceder, y que sólo la casualidad había evitado. Bruscamente, se dejó caer a tierra, porque supo que su vida iba a jugarse a una carta y en un abrir y cerrar de ojos.

Las dos balas pasaron altas, aunque casi le rozaron. El disparó por debajo del cuerpo, con la derecha hundida en el polvo.

Los dos hombres lanzaron un grito casi idéntico, como el aullido de un coyote que se cortara bruscamente. Soltaron los revólveres y alzaron las manos al cielo. Cayeron uno sobre otro, mientras en la calle se escuchaban gritos.

El borrachín que había sido expulsado de su casa murmuró:

—Estupendo, muchacho. Menudos cuatro tiros y menudos cuatro muertos…

—Han sido dos tiros y dos muertos, carcamal.

El borrachín se pasó una mano por la boca.

—Sólo lo veo doble. Buena señal. Se nota que voy mejorando, caramba…

Stuart se apresuró a desaparecer.

No quería más líos en aquella condenada ciudad y en aquella condenada calle.

Entre las docenas de ojos que habían visto la escena, dos más pequeños que los otros brillaban intensamente. Dos ojos por los que, por primera vez, había pasado un relampagueo de miedo.

Su dueño los cerró. Y entonces pensó que tenía que hacer lo que sólo un día antes le hubiera parecido imposible.

CAPÍTULO X
HAY UN HOMBRE QUE ESTORBA

Colbert tenía una reunión política a aquella hora. Solía tenerla todas las noches, para cambiar impresiones con los que hacían propaganda en su favor. Como las votaciones abarcaban no sólo la ciudad, sino todo lo contrario, que era extenso, bastantes agentes electorales trabajaban para los candidatos, recorriendo los pequeños villorrios y los ranchos aislados, haciendo propaganda. La única excepción era Leyman, que, como no tenía dinero, debía hacer los viajes y la propaganda él mismo.

Un espeso humo de cigarros flotaba en la habitación, que estaba cerrada.

Colbert parecía satisfecho.

—De modo que la gente se va decidiendo… —dijo—. Va a haber una votación masiva, ¿no?

—Yo creo que el colegio electoral va a estar lleno, jefe —opinó uno de los agentes.

—Pero hay que confiar en que no llueva —dijo otro—. Ningún ranchero hace treinta millas a caballo por terreno enfangado, para depositar un voto. Si ese día no hace buen tiempo, perderemos muchas oportunidades.

—Que favorecerían a Leyman —murmuró un tercero.

—¿A Leyman? ¿Por qué?

—Hum… Nosotros tenemos muchos amigos de circunstancias, mientras que Leyman tiene pocos. Pero los que tiene él son buenos. Esos recorrerán el país de parte a parte para votar por él. Hay que tener cuidado.

Colbert arrugó el gesto.

—De todos modos, nunca he tomado a Leyman demasíado en serio —murmuró—. Es un pobre diablo. No voy a empezar a preocuparme ahora.

Colocó un cigarro entre sus labios, y de pronto éste resbaló hasta el suelo.

La puerta se había abierto, y en el umbral se recortaba nada menos que la figura de Connally.

Colbert balbució:

—¿Pero cómo se atreve…?

Connally cerró a su espalda.

—Soy un ciudadano, ¿no?

—¿Ciudadano? Hasta ahora no he sabido que los coyotes tuvieran esa consideración..

Connally hizo un gesto de rabia y tensó la mano, como si fuera a dirigirla al revólver.

Pero la presencia de tantos hombres armados como había en torno a la mesa, pareció disuadirlo. Sus dientes rechinaron, mientras apartaba la mano de la culata.

—Colbert —dijo—, necesito hablar con usted.

—Yo no hablo con bandidos.

—Se trata de su asunto electoral.

—No me importa. Mis asuntos electorales no están relacionados de ningún modo con granujas como usted, Connally. Ni con usted, ni con su amiguito, el asesino Burton.

Connally retrocedió un paso.

Sus ojos llamearon al decir:

—Se arrepentirá de esto, Colbert. Yo he venido en son de paz, pero de ahora en adelante será distinto. Juro que se tragará sus palabras.

Y desapareció, cerrando de un portazo.

Todos los agentes electorales de Colbert miraron a éste. Sus facciones parecían todas iguales. Estaban blancas como el papel.

—Ha dado un mal paso —murmuró uno de ellos—. Un mal paso, jefe. Esa gentuza no perdona.

—Tampoco perdono yo. Tampoco perdono los crímenes que han cometido Burton y él. ¿Qué puede pasar? ¿Que no me vote? ¿Que trabaje contra mi? Muy bien. ¿Y qué importa? Al contrario, para mí es un honor tener en contra tipos como Connally y Burton.

E hizo un gesto indicando que se levantaba la sesión. Evidentemente, estaba nervioso.

Los agentes fueron saliendo poco a poco, cabizbajos y preocupados por lo que acababan de ver.

Uno de ellos, el último, se detuvo en la puerta.

—Jefe…

—¿Qué? —musitó Colbert.

—Ojalá no vuelva a ver a ese tipo; ojalá no vuelva a verle nunca más.

Y salió también, cerrando. Colbert quedó solo.

Cerró aquella puerta con llave y abrió otra que daba a su . despacho privado. Allí vio a alguien que tenía ya el revólver en la mano y que le miraba con una sonrisa odiosa.

Era Connally.

* * *

Si Colbert tenía motivos para temer irse al otro barrio después de aquello, lo disimuló muy bien.

Extrajo otro cigarro y se lo puso entre los labios, mientras miraba al pistolero.

Connally murmuró:

—¿Te he asustado?

—Nunca creí que fueras tan idiota —masculló Colbert.

—¿Idiota? ¿Por qué?

—Te has presentado a hablarme delante de todos como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Creí que estabas solo.

—Ya has visto que no.

—Otros días, a esta hora, se te puede hablar bien, y sin testigos.

—Pero ahora casi todas las noches tengo reunión electoral, infiernos. El día decisivo se acerca y he de estar preparado. Si supieras lo que he pensado al verte aparecer ahí, sin haber llamado siquiera, la piel se te volvería de color verde.

Connally movió las manos con gesto nervioso.

No estaba acostumbrado a que le hablaran así, pero, por el momento, se aguantó.

—Cuando me he dado cuenta de mi error, he disimulado —dijo —. Tal como ha marchado la conversación, todo el mundo cree que no hay ninguna relación entre tú y yo, y que nunca podrá haberla. Casi ha sido un acierto decirnos todo eso ante testigos.

—Puede que sí, pero no me gustan las improvisaciones. Y hemos corrido un peligro innecesario —murmuró Colbert.

Encendió su cigarro.

—Bueno, ¿qué querías con tanta urgencia? —murmuró.

—Hablarte de Stuart.

—¿Qué pasa con él?

—Está haciendo una limpieza de la ciudad que nadie imaginaba. Una verdadera sangría. Hasta ha tumbado a River. No sé si estará muerto, aunque no me extrañaría.

Colbert balbució, con el pasmo dibujado en su rostro:

—¿River? No es posible…

Ese Stuart es un diablo. Nunca creí que las cosas llegaran a marchar así, te lo aseguro.

Colbert se sentó ante la mesa y puso los pies en ésta, mientras fumaba pensativamente,

—Yo tampoco. La verdad, parecía uno de esos tipos predestinados para morir. Nadie le dio importancia cuando lo contrató Palmer. Hasta mis hombres y yo hicimos algunas apuestas: quien más quien menos decía que no iba a vivir dos días. Pero ya ves. Si le dejamos, se convertirá en el amo de la ciudad.

Colbert masticó casi su cigarro mientras decía, con rabia:

—No llegó a entenderlo. ¿De dónde demonios lo sacó Palmer?

—Eso no importa ahora. Ese fulano está aquí y lleva un revólver que por ahora resulta invencible. Lo único que ha de preocuparnos es acabar cuanto antes con él.

—Nuca creí que llegaríamos a esto —susurró Colbert—. No… Cuando trazamos nuestro plan, Connally, me parecía todo tan seguro que nunca dudé del éxito.

Mientras exhalaba una columnita de humo, añadió, pensativamente:

—En realidad, nuestro plan era muy sencillo. ¿Cómo convertirme yo en el campeón de los hombres honrados, para así ganar las elecciones? Pues limpiando la ciudad, ésta tiene que estar sucia, y Mesa no lo estaba demasiado. Fue entonces cuando os llamé a ti y a Burton.

—Y nos esbozaste tu plan —murmuró Connally—, Nosotros teníamos que reclutar forajidos no demasiado selectos, cuantos más mejor. Teníamos que decirles que se convertirían en dueños de la ciudad. Como Burton y yo tenemos mucho crédito entre la gente de los bajos fondos, nadie dudaba de nuestra palabra: si decíamos que

llegarían a ser dueños de Mesa, ellos nos creían y venían aquí como moscas a un pastel. Tú nos dabás diez dólares por cada forajido nuevo que trajésemos aquí; más o menos, el precio de una cabeza de ganado en malas condiciones. Y River, al que habías contratado, y que no sabía nada de ese plan, los iba eliminando creyendo que ése era su deber. De ese modo la gente pensaba: «¡Caramba, qué hombre tan enérgico y decidido está resultando Colbert!» Y tu elección era segura. Sólo nosotros seríamos respetados por River, porque tú le darías órdenes concretas para eso. Pero ahora nos encontramos con Stuart. Tú sabes que Stuart no nos respetará y que nos liquidará a Burton y a mí. ¿Qué hacemos?

Colbert chascó dos dedos.

Sus ojos se habían empequeñecido.

—Sólo hay una solución —dijo.

—¿Cuál?

—¿No la adivinas?

Connally sonrió.

—Pero hay que hacerlo bien —dijo—, hay que pensarlo de un modo que no pueda fallar.

Los dos hombres reflexionaron un momento, y, al fin, el propio Connally susurró:

—Tal vez enviando unos cuantos hombres a que lo acribillen por la espalda…

—Fallarán. Con Stuart no valen esos trucos.

—Todo depende del número de hombres.

—Por muchos que sean, es capaz de liquidarlos. No… Hay que pensar en algo más ingenioso. Y creo que… —de pronto, Colbert volvió a chascar dos dedos—. ¡Ya está!

—¿Ya está qué?

—El hombre que le matará. Es un tipo en quien él tiene una instintiva confianza.

—¿De quién estás hablando?

Colbert susurró:

—De Leyman…

CAPÍTULO XI
UNA DAMISELA PELIGROSA

River llevaba la cabeza vendada. No podía decirse que se encontrara demasiado bien, pero lo peor había pasado. Y al menos estaba vivo, cosa que, tal como habían rodado los sucesos, ya no esperaba.

Al recobrar el conocimiento estaba vendado ya de aquel modo, señal de que le habían hecho la primera cura. Se encontró, por otra parte, tendido en una magnífica cama, con finas sábanas de hilo. Estaba en un dormitorio bien decorado, donde no faltaba nada de lo necesario.

No sentía más que un leve dolor a un lado de la cabeza.

Comprendió que allí debía tener una profunda cicatriz, pero el pelo, al crecer, la taparía fácilmente.

Estaba pensando en eso cuando vio abrirse la puerta de aquel dormitorio, donde antes jamás estuvo.

La silueta de una mujer se recortó en el umbral. Era una silueta tentadora. Cuanto más la mujer trataba de adoptar un aspecto severo, con aquellas ropas negras, más bonita y turbadora resultaba. Aquella especie de uniforme que llevaba puesto le venía muy ceñido. Ella no lo notaba, pero cada vez que se movía, sus caderas eran una tentación. La chica estaba como para ponerse a lanzar aullidos.

Laura entró en la habitación y se sentó junto al lecho, en una de las sillas.

No podía decirse que mirara al herido con cordialidad.

Al contrario, clavaba sus ojos en él como si River fuera poco menos que un coyote.

De todos modos, y a pesar de aquella mirada poco amable, River murmuró:

—Creo que debo darle las gracias.

—¿Por qué?

—Me ha salvado la vida.

—No he sido yo, sino toda la organización de la Liga de la Salud Pública.

River tembló.

No sabía si era mejor estar muerto o en poder de aquellos mastodontes vestidos de negro y armados de poderosos paraguas.

—¿Por qué me han atendido? Yo soy lo que ustedes consideran un forajido —murmuró.

—Y tenemos razón. Usted es un forajido.

—No digo que no.

—Pero también es un ser humano, y por eso hemos cuidado de usted. Tendrá que estar aquí, supongo, un par de días por lo menos. Supongo que ese tiempo le bastará para reflexionar.

—¿Para reflexionar sobre qué?

—Sobre los errores de su vida pasada.

—Tratan de convertirme, ¿eh?

—Quisiera hacer de usted un hombre honrado…, si todavía es posible.

—A mi manera, soy honrado. No soy un asesino, ni robo ni mato por la espalda. Tampoco recuerdo haber hecho nunca el menor daño a una mujer.

—Eso no es bastante, River. Usted es un matón a sueldo.

—Más vale que le dé otro nombre. Soy lo que en las ciudades del Oeste se llama un «pacificador».

—Yo les llamo de otro modo. Yo les llamo «llena-cementerios».

—Quizá no le falte razón.

—En fin, no vamos a discutir eso ahora —musitó Laura—. ¿Dejará el revólver en cuanto salga de aquí?

—Amiga mía, ¿sabe cuándo empuñé el revólver por primera vez, con deseo de matar?

—¿Cuándo?

—Yo tenía diez años. Una banda asaltaba nuestro pequeño rancho, y mi padre y los escasos hombres que le acompañaban murieron acribillados a balazos. Sólo quedábamos mi madre y yo. Aunque sólo tenía diez años…; yo sabía lo que ocurriría con mi madre, si la capturaban viva. Por eso tomé el revólver de uno de los muertos y por eso hice lo que mi padre me había enseñado: «Apunta…, ¡mata…! Apunta…, ¡mata…!» Era la ley del Oeste, la ley de la salvaje tierra en que vivíamos. Nosotros no la habíamos

inventado. Lo único que podíamos hacer era seguirla. Todos aquellos forajidos hubieron de darse a la fuga, pero…

Su voz se veló un momento. Por primera vez cruzó sus ojos como una leve, como una casi imperceptible chispita de emoción.

…Pero mi madre murió —dijo al cabo de unos instantes, bajando los párpados—. Ella también cayó acribillada a balazos, mientras defendía una de las puertas. ¿Recuerda lo que le he dicho? Sólo tenía diez años. Pues bien, hube de enterrar con mis manos a mi padre y a mi madre. Esas cosas marcan una vida. Yo pude haber tenido un maestro y unos libros, pero sólo tuve en torno mío vaqueros y gatillos, y por eso soy lo que soy. Además, ¿sabe quién me ayudó una pequeña temporada a cultivar mi rancho, compadecido de que un niño de diez años tuviera que hacer tantas cosas?

—¿Quién?

—Jimmy Ringo.

Laura se llevó una mano a la boca, conteniendo un gemido.

—Jimmy Ringo… —balbució.

—Sí. Uno de los más conocidos e implacables pistoleros de esta tierra. Quizá él no quiso enseñármelo, pero estando a su lado hube de aprender unas cuantas cosas. Bastaba verle «sacar» para darse cuenta de que era un as. En aquella época, Ringo se contrataba también como pacificador de ciudades. Y cuando él abandonó el rancho, yo le seguí, en realidad, era mi único amigo.

Hizo crujir un momento sus nudillos, mientras añadía:

—Tenía quince años cuando obtuve mi primer contrato: «pacificar» una zona donde varios pequeños rancheros se habían declarado la guerra entre sí. Desde entonces no he hecho otra cosa. Es lamentable, pero no creo que ni usted ni nadie me haga ya cambiar.

Laura, que por unos momentos le había escuchado con una leve emoción, dejó que sus ojos se hicieran otra vez penetrantes y duros.

—Es usted aborrecible —murmuró.

—Pues yo no puedo decir lo mismo. Lo único que puedo decir de usted es que resulta estupenda —musitó River.

Ella alzó la mano derecha.

Descolgó el paraguas que estaba en una percha, cerca de la cama.

Y el golpe que propinó con él en las costillas del indefenso River le dejó sin respiración.

River musitó, mientras ella salía, muy dignamente, del dormitorio:

—Demonio, nena… ¡Pues sí que me vas a dejar curado!

CAPÍTULO XII
LA TRAMPA

Leyman estaba cansado. Llevaba demasiado tiempo así, yendo de un lado a otro de la comarca. Gastaba su dinero y sus energías en una empresa que le iba a fallar, estaba seguro. Pero se resistía a abandonar, ahora que faltaba tan poco para las elecciones.

Total, un par de días más y…

Pero se le notaba envejecido y derrotado cuando llegó a su casa aquella tarde.

Tuvo una gran sorpresa al no encontrar a su hija, pero sí a alguien que le estaba esperando.

Ese alguien era la persona que menos podía imaginar: Colbert, su adversario político.

Colbert le sonrió amablemente.

—Hola, señor Leyman.

—¿Us… usted aquí?

—No hay razón para que no le haga una visita, a pesar de que seamos enemigos en las elecciones.

—No, claro que no la hay. Y se lo agradezco, señor Colbert. En mi casa no hay demasiadas cosas, lo reconozco, pero siempre tengo un trago de licor para las visitas. ¿Le apetece un poco de *whisky*?

—Claro que sí, señor Leyman.

Mientras el otro le preparaba la bebida, opinó:

—Le veo muy cansado.

—Es cierto. Tengo que llevar yo mismo todo el peso de la propaganda. No he parado en dos meses, y puede decirse que apenas he dormido tampoco. Eso se nota. Si no fuera por el poco tiempo que falta, lo dejaría todo.

—¿Y por qué no se retira, señor Leyman?

El otro le miró con suspicacia.

—¿Ha venido a decirme eso?

—Oh, no… Todo lo contrario. Sólo era una pregunta.

—Verá… No me retiro por lo que le acabo de decir. Sólo faltan

dos días para las elecciones. Después de todo lo que he hecho, vale la pena aguantarte un poco más.

—¿Cree que resultará ganador?

Leyman sonrió tristemente.

—Con franqueza, no.

—¿Entonces, por qué sigue?

—Porque ustedes no son la gente que necesita la ciudad —murmuró Leyman—. A Palmer no puedo acusarle de mala persona, pero es un hombre débil y cobarde, además de ambicioso. Se someterá a cualquiera que venga a verle con un revólver o con las manos llenas de oro. No, Palmer no es el hombre que debe mandar en la ciudad de Mesa. En cuanto a usted…

Hizo una seña inexpresiva, como si no se atreviera a decirlo.

Colbert musitó:

—¿Yo qué…?

—No se ofenda, señor Colbert, pero usted ha estado metido durante los últimos años en todos los asuntos sucios de la ciudad. Si quiere ser alcalde es para mangonearlo todo a su gusto. Es listo, pero inmoral. En vista de ello, decidí presentarme, con la ambición de representar a la gente sencilla de Mesa, esa gente que sólo quiere el desarrollo pacífico de su ciudad. Pero, desgraciadamente, veo que no voy a tener éxito.

Mientras hablaba miró un poco recelosamente a Colbert, temiendo que éste se ofendería.

Pero Colbert no se ofendió. Por el contrario, hizo un gesto simpático, como si comprendiera muy bien a su rival.

—Sé que en lo que dice hay parte de verdad —murmuró—, pero un hombre siempre puede arrepentirse.

—¿Qué dice? ¿Habla de arrepentimiento, señor Colbert?

El interpelado puso sobre la mesa el maletín negro que hasta entonces había tenido junto a él, a sus pies, y lo abrió. Dentro había varios fajos de billetes. A primera vista se podían calcular de cincuenta a setenta mil dólares.

—Aunque le parezca mentira, sólo en usted puedo confiar —dijo Colbert—. Sé que no se quedará ni un centavo de los que hay aquí.

—¿Por qué me da eso?

—Quiero que se lo entregue a Stuart, ese pistolero al que

Palmer contrató.

—¿Con qué objeto?

—Usted sabe, como todo el mundo, que Stuart es un hombre honrado. Pues bien, este dinero es la garantía de que quiero contratarle para que defienda la ciudad, en el caso de resultar yo elegido. Como ve, también pienso un poco en el bien de Mesa.

Leyman, que estaba asombrado, le miró recelosamente.

—¿Y por qué no se lo lleva usted?

—Lo he intentado, pero no ha querido escucharme. El está contratado por Palmer, y cree que eso le obliga, de momento, a no hacer caso de nadie más. Pero usted le escuchará, estoy seguro, teniendo en cuenta que no trato de adquirir sus servicios ahora, sino para más adelante.

Tendió el maletín abierto a Leyman.

Este palpó el dinero. Vio que eran auténticos, crujientes y buenos billetes del Tío Sam.

—Esta gestión es en bien de nuestra ciudad —murmuró Colbert.

Leyman pensó que detrás de todo aquello podía haber alguna trampa para desacreditarle, pero no veía qué clase de trampa podía ser aquélla. De modo que hizo un movimiento afirmativo.

—Se lo llevaré —dijo.

—Le quedaré muy agradecido, Leyman. Y ojalá, si yo gano las elecciones, podamos laborar juntos para bien de la ciudad.

Leyman hizo un gesto afirmativo. Hombre de buena fe, estaba siempre dispuesto a enternecerse y a creer todo lo que los otros le decían.

—Ninguna otra cosa me gustaría tanto, señor Colbert.

—¿No ha visto mi carruaje en la parte posterior de la casa?

—No… La verdad es que no lo he visto.

—Pues está allí, y desde luego puede usted utilizarlo. Venga, yo le acompañaré.

Le llevó hasta el elegante carruaje, llevando Colbert el maletín en la mano.

Ayudó a subir al pescante a Leyman, que era bastante más viejo que él.

—Tome, aquí tiene el maletín. Por favor, no lo pierda. Y no lo abra hasta estar con Stuart, porque alguien podría ver lo que hay en él. No me gustaría perder cincuenta mil dólares.

—¿Todo eso hay aquí?

—Exacto: cincuenta mil.

—Demonio… Lo que puede llegar a ganar un pistolero.

Colbert hizo un gesto de resignación.

—El Oeste es así, amigo… En fin, espero que pronto me pueda dar alguna respuesta.

—Descuide. Y gracias por su confianza, señor Colbert. Cincuenta mil dólares no se les deja a cualquiera.

—A usted sí, amigo… A usted sí.

Y Colbert vio marchar el carruaje con una sonrisita irónica.

Con el cuerpo, detrás de sus botas, ocultaba el verdadero maletín, que él había lanzado al suelo en el momento en que el otro, confiadamente, subía al carruaje.

El que acababa de dar a Leyman era otro, exactamente igual, que estaba oculto bajo el pescante, y que él extrajo rápidamente, mientras dejaba caer el primero.

Se puso un cigarro entre los labios y, con gesto aburrido, masculló:

—Buen viaje…

* * *

Leyman encontró a Stuart en su oficina, desde donde parecía vigilar la ciudad. Y la verdad era que la presencia de un tipo como él, un gatillo de primera clase, se notaba. Sin necesidad de intervenir en nada, hacía que las cosas marcharan mejor. Ya no se producían broncas en las calles ni se veía a tantos pistoleros haciendo exhibiciones de revólver.

Leyman se sentó ante Stuart, poniendo el maletín sobre la mesa, y le saludó atentamente.

Stuart no podía negar que sentía simpatía por él, sobre todo recordando a su hija, a Nora Leyman. De modo que le invitó a beber y se dispuso a escucharle atentamente.

Leyman comenzó:

—Creo que será una buena noticia para usted, Stuart.

—¿A qué se refiere?

—Verá. Vengo de parte del señor Colbert.

Y le expuso todo lo que Colbert le había contado, sin omitir

detalle. Stuart no le interrumpió ni una sola vez.

Le escuchaba con la mayor atención, como preguntándole en qué iría a parar todo aquello.

Hasta que, al fin, murmuró:

—¿De modo que Colbert quiere contratarme para el caso de resultar elegido, ¿no?

—En efecto. Me parece que tiene un sincero deseo de pacificar la ciudad.

—¿Y River no le sirve?

—River está herido.

—Cierto, y, además, parece como si Colbert se hubiera cansado un poco de él. Ya me ofreció antes personalmente un empleo.

—Y ahí van cincuenta mil dólares como garantía de su seriedad… Es una cifra formidable.

—Desgraciadamente, no voy a poder aceptarla. Diga usted a Colbert que primero debe ganar las elecciones. Luego hablaremos.

Leyman sonrió.

—Celebro que piense así, señor Stuart.

—¿Por qué?

—Porque un hombre que resiste la tentación de cincuenta mil dólares es un hombre honrado.

—Usted lo es, señor Leyman. Yo no lo soy tanto.

—¿No quiere ver ese dinero? ¿No quiere contarlo al menos? Debe convencerse de que Colbert habla en serio.

Stuart denegó lentamente.

—Cincuenta mil dólares… —dijo, con un soplo de voz—. Nunca los he visto juntos, pero tampoco siento curiosidad por verlos. Devuélvalos tal como están. De nada me sirve contar y tocar una cosa que al fin y al cabo no pienso quedarme.

Leyman se puso en pie y le estrechó la mano, mientras con la otra sujetaba el maletín.

—Siento mucho haberle molestado, señor Stuart.

—No lo ha hecho, sino todo lo contrario.

—Permítame que le felicite. Y si yo gano las elecciones, cosa que es imposible, usted será el comisario de la ciudad.

—Ojalá las ganara usted, señor Leyman. Y no por el cargo de comisario, que no me interesa, sino porque es usted un hombre honrado. El más honrado de la ciudad de Mesa, señor Leyman. Y

ahora, buenos días… y mucha suerte cuando las elecciones empiecen.

—Gracias, señor Stuart.

Leyman se alejó poco a poco, con el maletín en la mano derecha.

Mientras andaba, para llegar hasta el carruaje, le pareció notar algo. Le pareció notar que aquel maletín pesaba más que antes, cosa que hasta entonces no había advertido a causa del nerviosismo que le dominó a raíz de la visita de Colbert.

¿Y si había algo más, aparte de los cincuenta mil dólares? ¿No valía la pena abrirlo, para comprobar que todo marchaba bien?

De modo que lo hizo.

Movió el resorte que cerraba el maletín y tiró de las asas, una hacia cada lado, abriéndolo completamente.

No se dio cuenta de nada.

Sólo barruntó, en fracciones de segundos, que iba a morir, y lanzó un grito de agonía, o mejor dicho, creyó que iba a lanzarlo.

La explosión hizo estremecer todas las casas de la calle principal de Mesa.

Varios cristales saltaron hechos añicos. Los caballos relincharon asustados.

Del cuerpo de Leyman no quedaron más que unos pocos jirones sangrientos.

Sólo su sombrero quedó intacto. Su sombrero, que saltó curiosamente volando hacia las alturas…

CAPÍTULO XIII
UN PISTOLERO IMPLACABLE

Stuart oyó aquella explosión desde su oficina, como la oyeron en toda la ciudad.

Saltó hasta la puerta con la velocidad de un gamo. Y llegó a ver salir en pedazos, despedidos por todas partes, el cuerpo de Leyman.

El estallido había sido terrible.

Todo el maletín debía estar lleno de explosivos, y el fulminante actuaba al abrirlo.

Hubiera bastado, pues, que él abriese el maletín, o que Leyman lo hiciera delante suyo, para que se fueran al infierno los dos.

Y el hecho de que Leyman hubiera muerto en un descuido indicaba que era inocente, que no sabía lo que llevaba entre las manos.

E indicaba también que sólo había un culpable: el hombre que le había enviado allí.

Colbert.

Stuart sintió que un sudor helado empapaba sus facciones, mientras la derecha se le iba insensiblemente hacia la culata del revólver.

La gente corría en todas direcciones.

Colbert había eliminado el peligro más grande que se presentaba ante él con vistas a las ya inminentes elecciones. Ahora, la lucha se dirimiría entre Palmer y él. Los dos se disputarían el dominio de la ciudad, a menos que…

Stuart apretó salvajemente los labios.

Sus facciones habían adquirido una dureza granítica, mientras sus ojos brillaban con furor implacable.

El se encargaría de resolver aquello. Y lo resolvería en seguida, antes de que se enfriara el cadáver de Leyman.

La gente se arremolinaba en torno a éste.

Los comentarios subían de tono. La excitación sucedía al momento de pánico.

—¿Pero qué ha podido suceder?

—¿Es un asesinato?

—¿O es un accidente, Stuart?

Stuart no contestaba a ninguna de aquellas preguntas. Con los ojos perdidos en el vacío, se dirigió hacia la oficina electoral de Colbert. Sabía que era muy posible que el politicastro estuviera allí. Y si no estaba, le buscaría hasta hacerle tragar todas sus traiciones, hasta hacerle digerir con plomo todas sus trampas.

En la puerta de la oficina electoral había un individuo con dos revólveres. Se paseaba negligentemente arriba y abajo, como si no se preocupara de nada, pero en realidad sin perder detalle de lo que ocurría en tomo suyo.

Cuando Stuart iba a entrar, le llamó:

—Eh, amigo.

Stuart se volvió.

—¿A quién busca? —preguntó el tipo de los dos revólveres.

—¿Y tú por qué lo preguntas? ¿Eres un centinela?

—Eso no importa.

—Busco a Colbert.

El otro hizo un gesto negativo.

—Lo siento, pero no está.

—Se ha evaporado muy pronto…

—Colbert no tiene que dar explicaciones a nadie.

—De acuerdo, de acuerdo… Eso no lo discuto.

Pero la derecha de Stuart salió disparada con la fuerza y la precisión de una catapulta.

El otro, que se había acercado demasiado, recibió el impacto en la barbilla, Fue un *K.O.* absoluto. El hombre de los dos revólveres no llegó a utilizar ninguno de ellos. Cayó hacia atrás, con los ojos en blanco y las manos a la altura de las culatas.

Stuart no se entretuvo ni en verlo caer.

Penetró en el edificio.

Otro individuo bajaba la escalera, pero éste ya había echado mano a su revólver.

Stuart disparó una sola vez, y la bala atravesó el «Colt» del que iba a apuntarle. Se oyó un chasquido y una maldición. El tipo quedó como petrificado en mitad de la escalera.

No había sufrido ni un rasguño, pero no quiso arriesgarse con

Un tipo que tiraba de aquella manera.

Stuart terminó de subir los peldaños que le separaban de él. Su derecha se movió de nuevo. El individuo se alzó sobre sus pies, voló por encima de la barandilla y fue a estrellarse abajo, rompiendo una mesa con el peso de su cuerpo.

El estrépito había sido enorme. Stuart pensó que aquello pondría sobre aviso a Colbert, que ya estaría preparado.

Pero siguió ascendiendo.

Empujó la puerta del despacho, aun exponiéndose a recibir una bala en la cabeza antes de haber entrado del todo. Vio a Colbert sentado tras su mesa. Tenía las manos encima de ésta, y en ellas no se veía ningún arma.

Aquella serenidad de Colbert extrañó a Stuart. No esperaba un recibimiento tan pacífico. Cerró a su espalda, mirándole fijamente.

Durante unos segundos, los dos hombres se desafiaron con los ojos, sin despegar los labios.

Al fin fue Colbert el que masculló:

—Ha hecho mucho ruido, Stuart.

—Usted ha hecho más que yo.

—¿A qué se refiere?

—Al estallido de la bomba. No me negará que se ha oído en toda la ciudad.

El otro apretó los puños.

—No sé a qué se refiere, Stuart.

—Leyman ha muerto.

—Lo siento mucho. Todos tenemos que morir algún día. ¿Qué quiete que le diga? Descanse en paz.

—Hay muchas maneras de matar, Colbert —masculló el joven, mientras los puños se le iban solos hacia el revólver—, y la suya ha sido de las más repugnantes. No sé si quería matar a Leyman o a mí, o tal vez a los dos. Eso no me importa, Colbert. De todos modos, he venido a cobrar la factura.

Colbert palideció.

Temía a aquel hombre que nunca lo pensaba dos veces antes de disparar y que podía convertirle en un guiñapo antes de dejarle mover un solo dedo.

Cierto que él no estaba indefenso, ni mucho menos, porque se había preparado para aquella visita. Pero temió que el joven le

balease sin darle tiempo para intentar nada.

Balbució:

—¿De qué factura habla?

—La muerte se paga con la muerte, Colbert.

—Está loco.

—¿Va a negar que usted preparó esa cochina trampa?

—No sé de qué me habla. Sólo he oído una explosión. ¿Y qué? Supongo que toda la ciudad la ha oído. Y no toda la ciudad es responsable de la muerte de ese idiota.

—Usted sí que lo es, Colbert.

—¡Me está haciendo perder la paciencia!

—Y usted ya me ha hecho perder la mía. Oiga bien lo que le digo, Colbert: estoy harto de matar gente en esta cochina ciudad. No quisiera tener que matar a nadie más, ni siquiera a un perro sarnoso como usted. Por eso voy a darle una oportunidad que no se volverá a repetir. Tiene una hora para renunciar a todo y salir de la ciudad. Si se larga, perderá las elecciones, pero salvará el pellejo. Si se queda, van a darle una sepultura de lujo, Colbert. Puede elegir.

El asesino palideció. Se daba cuenta de que aquel tipo no hablaba en broma, pero se daba cuenta también de que él no iba a perderlo todo por una amenaza.

—No necesito ningún plazo, Stuart —murmuró.

—¿Piensa quedarse?

—Usted viene a hablarme en nombre de Palmer. Quiere que le deje el campo libre.

—Sólo le hablo en mi propio nombre, Colbert. Y no lo volveré a repetir. Tenía una hora hace, un momento. Ahora sólo tiene cincuenta y ocho minutos.

Colbert masculló:

—No voy a escuchar más locuras! ¡Basta!

Como si aquello hubiera sido una señal, Stuart oyó un doble rumor a su espalda.

No había prestado atención a las largas cortinas que flameaban la ventana del despacho, unas cortinas que llegaban hasta el suelo. No había imaginado al entrar que detrás de ellas pudiera ocultarse, a cada lado, un hombre.

Ahora los tenía a su espalda.

Y no le quedaba la menor duda acerca de sus intenciones,

porque si Colbert no había podido eliminarle antes, lo eliminaría ahora.

Por eso no perdió ni una fracción de segundo.

Sabía que sólo una ventaja —y muy precaria— tenía sobre sus enemigos: éstos sacarían los revólveres confiadamente, pensando que de todos modos iban a ser más rápidos que él.

Stuart disparó por debajo del codo izquierdo, apretando el gatillo con tal velocidad que él mismo sintió un choque en la mandíbula. Más tarde comprendería que aquello había sido efecto de su tensión nerviosa, pero en aquel momento incluso sintió como si le hubiera alcanzado una bala.

Oyó un alarido.

El pistolero que estaba a su izquierda acababa de caer fulminado por aquel plomo que no esperaba. Y entonces, con la misma rapidez con que había disparado, Stuart se lanzó a tierra.

El de la derecha había disparado ya. Pero la bala mordió el borde de la mesa de Colbert.

En una postura difícilísima, apoyado sólo en el codo izquierdo, Stuart disparó por debajo de éste. Su enemigo recibió el plomo en el vientre y se encogió, mientras hacía un terrible esfuerzo para apretar el gatillo de nuevo. Pero el dolor le hizo vacilar y dio tiempo a Stuart para apretar el gatillo otra vez.

Ahora, la bala fue directamente al corazón. Aquel segundo pistolero cayó como fulminado. Colbert lanzó un grito, sin comprender aún que aquellos dos hombres pudieran haber muerto en el tiempo que se emplea en parpadear dos veces.

Llevó la derecha al cajón central de su mesa, pero Stuart no le dejó. Se incorporó, con las piernas semiarqueadas aún, mientras colocaba a su enemigo el revólver a la altura de la cara.

—Yo no lo haría, Colbert —mascullό—. Yo tendría las manos muy quietecitas.

—No se atreverá a… a…

Stuart sonrió secamente.

—Vamos, termine la frase. ¿Iba a decir que no me atreveré a disparar…?

—Tendría que estar loco para… para hacerlo.

Sin contestar, Stuart tendió tranquilamente la mano a través de la mesa y extrajo del chaleco de Colbert el reloj de oro que éste

llevaba en uno de sus bolsillos.

—No he contado muy bien el tiempo, Colbert —musitó—, pero yo calculo que no le deben quedar más de cincuenta y cinco minutos. Pasan pronto, créame. Pasan muy pronto; sobre todo, cuando uno tiene encima una sentencia de muerte. Aprovéchelos. Cuando haya transcurrido exactamente ese tiempo, yo vendré a matarle, Colbert.

El asesino tenía las facciones tan blancas como el blanco de sus ojos.

Sus manos temblaban sobre la mesa.

No contestó, y Stuart supo que por su parte no tenía que añadir tampoco ninguna palabra más. La advertencia estaba hecha. Si dentro de cincuenta y cinco minutos mataba, lo haría con la convicción de que no le había quedado otro remedio.

Salió del despacho.

Colbert, al verlo desaparecer, intentó levantarse él, para huir al menos de la visión de aquellos dos muertos.

Pero hasta para eso le fallaron las fuerzas.

Sus rodillas se doblaron, resbaló sobre el asiento y cayó estrepitosamente a tierra.

Se hubiera equivocado, sin embargo, cualquiera que hubiese pensado que Colbert estaba vencido.

Aún estaban a su servicio los mejores pistoleros de Mesa. Y los haría trabajar. ¡Vaya si lo haría…!

CAPÍTULO XIV
UNA MUJER SIN FUTURO

Cuando el joven salió de allí, vio que ya no estaban en la calle los restos de Leyman. La multitud que antes los rodeó, se había dispersado. Eso era indicio seguro de que el dueño de la empresa de pompas fúnebres se había movido con más rapidez de la que él imaginó.

A poca distancia de allí, un letrero negro que sobresalía de la fachada indicaba la poco optimista clase de establecimiento:

MORTUARY

Se dirigió al local. Algunas personas estaban en el pequeño vestíbulo, más allá del cual había unas puertas de cristales opacos. Hubo un sordo rumor cuando llegó Stuart. Este pasó directamente y empujó aquellas puertas.

Sobre una de las mesas estaba lo que quedaba del cuerpo de Leyman. Un hombrecillo calvo tomaba medidas para el ataúd. Hizo un guiño al ver a Stuart, señalando la puerta que había más allá de aquella sala.

El joven comprendió. Fue a la otra habitación.

Esta recibía el nombre, por llamarla de algún modo, de «habitación de los llantos». Allí, los familiares velaban a los difuntos antes de ser enterrados éstos. Había en el centro un túmulo, que ahora estaba vacío, y varias sillas. Sólo una de éstas se hallaba ocupada.

Stuart parpadeó al ver a Nora Leyman,

Los ojos de Nora estaban secos. Parecía haber perdido la facultad de llorar. Su mirada perdida indicaba que estaba ahora en otro mundo donde no parecían importar los sentimientos.

El joven musitó:

—Nora…

Ella movió apenas la cabeza. Clavó en el joven una mirada

indiferente, lejana.

—Por favor, salgamos de aquí —dijo él.

Nora se levantó como un autómata.

Más allá había una puerta y un pequeño patio con algunos árboles. Por el mero hecho de salir allí se sentía uno aliviado, revivido. Pero ella seguía con la mirada perdida y vacía, como si no le viese.

—No tengo palabras para expresar cómo siento lo ocurrido, Nora —Musitó él.

—¿Quién lo ha hecho?

Stuart esquivó la pregunta.

—Creo que el que tenía que morir era yo —dijo.

—¿Por qué?

—Estorbaba a cierto hombre.

—¿Colbert?

Stuart tampoco contestó. Pero su silencio fue más elocuente que todas las palabras.

—Tuvo que ser él —susurró Nora—. Papá le estorbaba. Papá era el único hombre que podía derrotarle, porque la gente honrada creía en él.

Stuart tampoco contestó.

Pero entendía aquellas palabras: «gente honrada». Gente que quería trabajar y vivir en paz. Su padre había sido así.

Y lo era su hermana. Y lo eran tantas y tantas personas que, si triunfaba Colbert, se convertirían en esclavas de un grupo de pistoleros.

Y también si triunfaba Palmer, porque éste, una vez con el poder seguro en sus manos, se dejaría corromper.

Stuart quería respetar el dolor de la muchacha y no turbarla ahora con preguntas. Pero de todos modos, no pudo evitar hacerle aquélla.

—¿Cómo piensas actuar ahora?

Ella bisbiseó apenas:

—Tengo que deshacer a Colbert.

—¿Tú?

—¿Crees que le tengo miedo?

—Estoy de acuerdo en que no se lo tengas. Pero eres sólo una mujer, y, por otra parte, no te imagino empuñando un revólver.

Ella hundió la cabeza sobre el pecho.

De repente parecía haberse dado cuenta de su terrible impotencia, de su soledad.

—No sé… —musitó—. Estoy desesperada.

—Nora, no sé si te servirá de consuelo, pero he de decirte algo.

—¿Qué?

—Aunque no he matado a Colbert, le he dado una hora para salir de la ciudad. Si no lo hace, le mataré. Le mataré por éstas.

Y produjo con los dedos un chasquido que repercutió en el aire quieto que los envolvía.

—No tienes ninguna obligación de arriesgarte —musitó ella.

—Ya te he dicho que Colbert quería matarme a mí. Aunque sólo sea por eso, no dejaré las cosas sin respuesta.

Ella se dirigió hacia la salida del patio. Había una pequeña cancela que daba a los campos silenciosos. El sol se reflejó suavemente en sus cabellos, en sus ojos.

—No quisiera que te mataran, Stuart —susurró—. Recuerda bien esto. No vale la pena que hagas ningún sacrificio por mí.

Y abrió la cancela, mientras Stuart susurraba:

—Nora…

Se daba cuenta de que no sólo ella estaba como muerta, sin esperanza. En realidad, muchas personas, que ahora no lo sospechaban siquiera, lamentarían más tarde la muerte de Leyman.

—Nora… —repitió.

Pero ella ya había salido. Y el joven no tuvo fuerzas para seguirla.

Tuvo la sensación de que jamás olvidaría la figura triste de la muchacha, el silencio de aquel día, las palabras que por unos momentos parecían haberles unido, Pero al fin se encogió casi imperceptiblemente de hombros, mientras extraía el revólver.

Lo recargó poco a poco.

CAPÍTULO XV
DESAFIOS EN MESA

Habían transcurrido cincuenta y cinco minutos exactos desde que Stuart dejó el despacho de Colbert. En el minuto cincuenta y seis, el joven se puso en movimiento.

Llevaba un revólver de seis balas.

Llevaba la derecha muy cerca de la culata y los ojos entrecerrados, como si no fueran capaces de mirar un punto muy fijo, el punto donde iba a clavarse la bala.

Al otro lado de la calle, enfrente de la oficina de Colbert, se detuvo.

Los ojos escrutaron la fachada silenciosa, donde las consignas electorales flotaban al viento como las banderas de un ejército en derrota.

Stuart oía el sonido de sus espuelas en la calle, que estaba desierta.

Veía el polvillo dorado que flotaba en el viento y que pronto se mezclaría con el humo de la pólvora.

A unos doce pasos de la puerta gritó:

—¡Colbert…!

Nadie le respondió.

El umbral estaba vacío. En las ventanas, cerradas, imperaba el silencio.

— ¡Colbert! ¡Defiende tu vida si sabes! ¡He venido a matarte, maldito perro!

Nadie le respondió tampoco.

Stuart pensó que iba a tener que entrar en la casa otra vez. Que iba a tener que matar a Colbert en su propio despacho.

Pero en aquel momento, una voz dijo a su derecha:

—Gritas demasiado para ser un hombre solo, Stuart.

Stuart apenas giró la cabeza.

El sol recortaba claramente la figura de Burton. Burton era el pistolero inseparable de Connally, el que había contribuido con él a

aterrorizar la ciudad de Mesa. Estaba a unos once pasos y llevaba las manos levemente arqueadas sobre los revólveres.

Realmente, su posición hacía innecesarias las palabras. Stuart sonrió débilmente.

—He venido a matar a Colbert, no a ti —dijo, con suavidad.

—¿Conmigo no te atreves?

—Eres tan insignificante que no quiero perder el tiempo contigo, Burton. Por lo menos no quiero perderlo hasta haber liquidado a Colbert.

—Antes tendrás que entendértelas conmigo.

—No sabía que estabas a sueldo de ese perro.

Burton parpadeó.

Pareció indeciso un momento, mientras la sonrisa de Stuart se hacía más burlona.

—¿Y Connally? ¿También Connally está a sueldo de ese cobarde?

—No te importa,

—Claro que me importa, muchacho. Todo lo de Colbert me afecta. Y si lo que quieres es morir por él, te voy a complacer inmediatamente.

Burton entreabrió las piernas.

Era un hábil tirador, un hombre que había demostrado su dominio sobre cualquier otro de los muchos pistoleros que se acercaron a Mesa.

Debió comprender de que a su espalda acechaba la muerte, pero no lo adivinó.

Para Stuart, desafiarse cara a cara era lo normal. No comprendía que otros pudieran obrar de una manera completamente distinta.

Los dos hombres que estaban apostados tras unos barriles, a unas cincuenta yardas, preparaban sus revólveres.

Tirarían cuando Stuart estuviera más indefenso, cuando se hubiera concentrado exclusivamente á su duelo con Burton.

Y este momento parecía haber llegado.

Los dos contendientes se miraron con hipotética fijeza, como si para cada uno de ellos no existiera nada en el mundo tan importante como el revólver del otro..

Uno de los que estaban emboscados musitó:

—Ahora…

Alzaron sus revólveres a la vez.

El blanco era fácil. Stuart ni se daría cuenta de que moría.

Pero en ese momento sonaron dos detonaciones. Y no fueron precisamente los dos hombres quienes las provocaron. No habían tenido tiempo ni para rozar los gatillos.

Cayeron con las cabezas atravesadas. Los dos se desplomaron pesadamente y de la misma forma, como si fueran un solo cuerpo.

Burton se estremeció.

Burton, que los tenía de cara y por lo tanto había visto lo ocurrido, sintió que se le helaban hasta los huesos.

Stuart no se había vuelto.

No había parpadeado siquiera.

Adivinaba lo ocurrido y se daba cuenta de la trampa. No quería conceder a su enemigo la menor oportunidad, distrayéndole y volviendo la cabeza, para saber lo que acababa de ocurrir tras él.

Los labios de Burton temblaron.

Ahora estaba solo, ante la muerte. Ahora, tenía que hacer lo que jamás le gustó: luchar como un hombre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Stuart suavemente—, ¿Ya no sientes tanto entusiasmo por los desafíos, Burton?

—Nadie ha dicho eso.

—Pero tu trampa ha fallado, Burton. ¿O quizá era la trampa de Colbert?

Burton no tuvo fuerzas para responder. Sólo gritó:

—¡Saca!

Las manos se movieron con fulminante rapidez. Burton empezó a lanzar un grito de triunfo al pensar que alcanzaría a su enemigo, porque tuvo la sensación de que su izquierda había sido más rápida. Pero ese grito de triunfo se transformó en un rugido de sorpresa y agobio cuando vio aparecer aquella luz anaranjada ante sus ojos. Sintió un choque en la frente y otro en el corazón. Ningún dolor. Todo el paisaje empezó a dar rápidamente vueltas en torno suyo.

No se dio cuenta de que era él quien giraba vertiginosamente, antes de caer. De pronto, su cara se hundió en el polvo. Soltó los revólveres que aún no había podido disparar.

Stuart sopló el cañón del suyo.

Sus facciones estaban impasibles, como si lo que acababa de ocurrir no tuviera la menor importancia para él.

Se dijo que ahora le quedaba el camino libre para acabar con Colbert.

Y entró en la casa.

No tuvo tiempo en aquel momento para pensar quién era el que le había salvado la vida. Pero en aquel momento, el que le había hecho tan importante favor estaba a punto de lamentarlo con toda su alma.

* * *

River, desde la ventana, guardó el revólver con el que había hecho los dos disparos y fue a volverse hacia el interior de la habitación.

Se sentía ya mucho mejor. Y a causa de sentirse mejor se había asomado a aquella ventana. Y semejante hecho fue lo que le permitió darse cuenta de lo que se preparaba y salvar en el último momento la vida de Stuart.

Pero, al parecer, iba a tener que preocuparse de salvar su propia vida también.

Porque las cosas habían empezado a complicarse.

Empezó a notarlo cuando sintió en las costillas aquel bastonazo que por poco le desloma. Y aún no había reaccionado cuando otro golpe por el estilo por poco le hunde la tapa de los sesos.

Vio que Laura estaba en la habitación.

Y no le atizaba con un bastón, sino con un paraguas, pero a los efectos de dejarle molido era lo mismo.

Laura gritó:

—¡Maldito! ¡Condenado pistolero! ¡Lo he visto todo! ¡No eres más que carne de horca! ¡Nunca te redimirás! ¡Has nacido abrazado a un revólver y morirás abrazado a un revólver! ¡Condenado sea el momento en que me preocupé de ti!

Y movió de nuevo su temible paraguas.

Pero esta vez River consiguió esquivar. El golpe se abatió contra la pared, que por poco queda descuarteada.

Laura barbotó:.

—¡Llamaré a mis amigas! ¡No saldrás tan tranquilo de ésta, te lo

aseguro!

River, a pesar de la fuerza de los bastonazos y a pesar de que aún no se sentía demasiado fuerte, se dio cuenta de una serie de cosas. De que pocas veces había visto a mujeres tan bonitas como Laura Stuart. Y de que nunca encontraría a una muchacha que tuviera tanta fe en la honradez de la gente, aunque tuviese la mala costumbre de imponer esa honradez a bastonazos.

Ella se detuvo, asombrada aún al ver la facilidad con que River había esquivado su último golpe.

—¿Pero tú qué te has creído? —masculló.

—Yo sólo creo una cosa, nena.

—¿Qué?

—Que eres la mujer más bonita que he visto.

Laura enrojeció como si la hubieran abofeteado en plena cara.

—¿Pero cómo te atreves a…? —balbuceó.

—Eres la más bonita. Y la que tiene el tipo más precioso, aunque lo disfraces con esas ropas. Mientras me dejes mirarte, nada más me importará, preciosa.

Laura musitó:

—Conque preciosa, ¿eh?

Y descargó de nuevo el paraguas.

Esta vez alcanzó a River de lleno. Y por poco lo deja como para no mirar nunca más a una mujer.

La muchacha gritó:

—¡Esto te servirá de adver…!

Pero no llegó a terminar la frase.

De pronto se encontró entre los brazos del hombre.

Gimió, forcejeó, trató de esgrimir de nuevo el paraguas como arma de combate.

Y fue al segundo beso cuando empezó a marearse. Y fue entonces cuando River la soltó, creyendo que ya estaba ablandada.

Pero nunca hay que fiarse de las mujeres.

River lo comprendió demasiado tarde, cuando el próximo paraguazo le dejó sin sentido.

* * *

Stuart ascendía por las escaleras poco a poco.

Sabía que la muerte podía estar acechando en cualquier rincón. Que Colbert, una hiena al fin y al cabo, haría cualquer cosa antes de morir peleando como un hombre.

Las puertas cerradas desfilaban ante sus ojos.

No sabía tras cuál de ellas podía encontrarse Colbert. El silencio era angustioso, enervante. La sensación de que la muerte caminaba con él secaba la boca de Stuart.

Abrió de repente una de las puertas, al final del pasillo.

Vio un despacho donde no había más que unos cuantos muebles. Ni rastro humano. Parecía como si Colbert nunca hubiera puesto los pies allí.

Giró de repente.

Le parecía haber oído un chasquido a su espalda.

Alzó el revólver mientras el dedo se crispaba automáticamente sobre el gatillo. Pero no había nadie tras él. Un papel arrastrado por el viento era lo que había producido aquel leve crujido. La casa parecía espantosamente vacía.

Pero Colbert tenía que estar allí.

Estaba seguro de que no había podido salir.

Retrocedió sobre sus pasos, abriendo otra de las puertas.

Nada tampoco.

Ahora estaba en un dormitorio donde había una cama y un armario con espejo. El viento, de repente, se había puesto a aullar sobre la ciudad. Penetraba por entre las rendijas y, concretamente, en aquella habitación hacía oscilar los postigos de la ventana abierta.

Hizo girar también la puerta del armario en la que se hallaba el espejo.

Y aquello salvó la vida de Stuart. El espejo giró. De repente, el joven vio su propia imagen reflejada en él.

Y también la imagen que tenía a su espalda. La de aquel hombre, encorvado, ansioso, con la boca babeante de odio. Un «Colt» 45 temblaba en su derecha.

Stuart se contorsionó como una serpiente, disparando por debajo de su codo izquierdo.

La bala de Colbert le rozó, yendo a estrellarse contra la luna del armario. La convirtió en mil añicos. Y en aquél momento se encogió más aún y lanzó un grito gutural, al recibir la bala en el

estómago.

Fue a tirar de nuevo.

Hizo un esfuerzo terrible para apretar el gatillo otra vez.

El nuevo proyectil, casi simultáneo al primero, le destrozó la cara. Cayó hacia atrás, lanzando el revólver al techo. Stuart, que iba a disparar de nuevo para asegurarse, se detuvo al ver que su enemigo ya estaba muerto.

Suspiró con infinito cansancio, mientras parecía como si todas sus fuerzas iban a abandonarle, como si fuera a derrumbarse de pronto.

Dos de los candidatos estaban eliminados. Aquél iba a ser un gran día para Palmer.

Tenía la elección segura. Iba a presentarse sin rival para conseguir el puesto que tanto ambicionaba.

Y sin embargo, Palmer no era el hombre que Mesa necesitaba. Palmer se acobardaría ante un buen gatillo. Quizá por eso Stuart se sentía cansado, porque pensaba que su esfuerzo, en el fondo, tal vez no serviría para nada.

Salió a la calle.

No se veía a nadie en ésta, pero docenas de rostros le contemplaban desde las ventanas y las puertas semicerradas. Sólo un hombre avanzó hacia él, y ese hombre fue Palmer.

Estaba eufórico. Diríase que aquél era el día más feliz de su vida, y desde su personal punto de vista, puede que no le faltara razón.

—Stuart —murmuró—. Me han dicho que Colbert ha hecho matar a Lyman.

—Sí.

—Y que usted le buscaba.

—Sí.

—¿Ha dado con él?

Stuart señaló con el dedo pulgar, cansadamente, al interior de la casa,

—Si entra pronto, aún tendrá tiempo de verle antes de que se estropee demasiado —murmuró.

Los ojos de Palmer se iluminaron. Aunque trató de ser diplomático, no pudo disimular su desbordante alegría que sentía en aquel momento.

—Entonces…, ¡entonces, yo he triunfado…! —gritó—. ¡Nadie puede disputarme las elecciones!

—No, señor Palmer.

La voz que había sonado a su izquierda era la voz de una mujer. Los dos se volvieron lentamente.

Nora Lyman, con lágrimas en los ojos, se había acercado a ellos. Llevaba un pequeño fajo de billetes en la mano derecha.

Palmer parpadeó.

—Hola, Nora… De verdad que no quisiera verme en este momento, señorita Lyman. He sentido mucho lo de su padre. Mucho…

Nora dijo, con una voz impersonal, lejana, donde no había el menor rencor:

—No disimule, señor Palmer. Usted se alegra.

Palmer vaciló, confuso.

—Bueno, yo… Desde un punto de vista personal, tal vez eso me favorece, pero le aseguro que…

Y añadió, embarazosamente, exponiendo la única idea que entonces le importaba:

—Espero que usted no se opondrá a mi triunfo electoral.

—No, señor Palmer. Al contrario…

Y tendió con más energía el fajo de billetes, para que él lo aceptara.

—¿Pero qué es eso? —balbució el político.

Todo lo que mi padre tenía. Mil dólares.

—¿Y para qué los quiero yo?

—Usted no los quiere, señor Palmer. Tampoco los necesita, pero la ciudad sí. Mi padre luchó para verla libre de asesinos, de violadores de mujeres, de salteadores y de ladrones. Luchó para verla libre de injusticias que nadie se preocupaba de reparar. Gastó en ello su escasa fortuna y sólo le quedó… esto. Por eso se lo doy, señor Palmer. Empléelo en bien de la ciudad. El, de todos modos, pensaba dárselo al ganador, caso de no resultar elegido.

Stuart entrecerró los ojos.

Sentía un nudo en la garganta, pero no dijo una palabra.

En cambio, Palmer aceptó aquel dinero con desenvoltura y naturalidad, como si no significara el postrer y definitivo sacrificio de dos seres humanos.

—La ciudad se lo agradece, muchacha —dijo tranquilamente—. Esto está muy bien, pero que muy bien.

Y se guardó el dinero en el bolsillo.

Nora volvió lentamente la espalda. Todos se dieron cuenta de que estaba recorriendo su último camino en aquella ciudad.

De que iba a abandonarla para siempre.

Stuart trató de llamarla. Sintió que su garganta se contraía, que sus manos se dirigían hacia ella.

Todas sus fuerzas, todos sus pensamientos, todos sus deseos pronunciaban aquel nombre.

Pero no llegaron a pronunciarlo sus labios. Porque en aquel momento una bala le arrancó cabellos de su cabeza.

CAPÍTULO XVI
¡DALE, STUART!

Ni siquiera había oído el disparo. Fue eso lo que le hizo pensar de que le habían disparado desde cierta distancia, lo que explicaba aquel fallo de puntería por centésimas de pulgada. Stuart se arrojó al suelo, como lo habían hecho automáticamente todos los que se encontraban cerca. La única que no pareció enterarse fue Nora Leyman.

La muchacha siguió andando como una sonámbula, igual que si ya no le importara nada de lo que pudiera ocurrirle.

Conmovía aquel fatalismo con que aceptaba su destino, con que renunciaba a todos sus sueños.

Alguien gritó:

—¡Allí!

Señalaba una ventana situada a unas cincuenta yardas y sobre la que se veía flotar una leve columnita de humo. Stuart, desde el suelo, pensó que sólo un hombre podía jugárselo todo a una carta, como un desesperado. Ese hombre tenía que ser Connally. Acorralado y solo en la ciudad, trataba de llevarse por delante a varios hombres antes de que lo exterminaran a él.

Stuart saltó tras la columna de un porche.

Una nueva bala arrancó astillas de la madera. Connnally disparaba con un rifle automático de gran potencia. Estaba parapetado e iba a resultar difícil batirlo.

Stuart salió de su refugio, corrió en zigzag.

Dos balas mordieron el polvo, junto a sus pies. Connally tiraba rabiosamente. Stuart saltó hacia una nueva columna y apretó también el gatillo.

Las balas silueteraron la ventana. Connally se retiró, cambiando de posición.

Stuart aprovechó aquel momento para hacer lo mismo. Estaba ya prácticamente junto a la casa desde la que disparaba Connally cuando éste volvió a aparecer. Los dos hombres se miraron durante

unos segundos, el uno desde la ventana, el otro desde la calle.

Connally barbotó:

— ¡Maldito…!

Apretó el gatillo con precipitación, creyendo que el tiro iba a ser fácil. Pero precisamente por hallarse Stuart casi a sus pies, hubo de asomar demasiado el cuerpo. Stuart había contado con aquello al jugárselo todo por el todo. Su revólver estaba apuntando ya hacia el ángulo por donde sabía tendría que asomarse Connally.

Este se estremeció.

No llegó a oír el disparo, porque cuando éste alcanzó sus oídos, la bala ya se había alojado en su corazón.

Quedó cruzado en el alféizar, mientras su rifle caía pesadamente a la calle.

Stuart bajó la cabeza.

Se sentía cansado, más solo que nunca.

Le parecía de repente que, sin Nora Lyman, la ciudad había quedado espantosamente vacía.

Palmer gritó con entusiasmo, mientras corría a lo largo de la calle.

—¡Magnífico, Stuart! ¡Ya no quedan enemigos en la ciudad! ¡Los has eliminado a todos! ¡Voy a gobernar como un virrey!

Y entró en la oficina. Lleno de excitación, empezó a ordenar papeles para escribir una proclama. Era la que leería a la ciudad apenas ganara las elecciones.

De pronto parpadeó.

Alguien había entrado sin llamar en su oficina.

Claro que a una mujercita así podía disculpársele. Aunque fuera vestida de aquella manera tan seria. Y aunque no se separara de su contundente paraguas ni cuando se daba un baño.

—Hola, señorita Laura —murmuró—. ¿Puedo saber a qué debo el honor de su visita?

—A las próximas elecciones.

— ¡Magnífico! ¿Viene a felicitarme ya?

Laura arqueó una ceja.

—¿Felicitarle? —susurró.

—Claro que sí. Voy a ganar.

—¿Y por qué?

—¿Cómo es posible que lo pregunte? Usted lo sabe mejor que

yo. No tengo rivales.

—¿Y qué se disponía a hacer ahora?

—Muy sencillo: a redactar el discurso para cuando gane las elecciones. Es la costumbre.

Laura dijo:

—Claro…

Y de un paraguazo arrojó todos aquellos papeles al suelo.

—¿Pero qué le pasa? —musitó Palmer—. ¿Se ha vuelto

loca? ¿A qué viene todo esto?

—Es que ocurre una cosa muy sencilla, señor Palmer.

—¿Qué… cosa?

—Usted no se presentará.

Palmer dio un brinco, como si le hubiera picado una abeja.

—¿Pero a qué viene esto? ¡.Usted está loca, Laura! ¡Definitivamente loca!

—Nunca me he sentido mejor, señor Palmer.

—¿Sí? ¿Y quiere decirme quién va a ganar las elecciones entonces?

—Nora Leyman…

—¿Quéeeee…?

—Ella se presentará en lugar de su padre.

—¿A santo de qué?

—He visto la actitud de esa muchacha, señor Palmer. Y me ha abierto los ojos a muchas cosas. He oído sus palabras y mé he dado cuenta de que yo no siempre estuve en lo cierto. Los paraguazos no lo arreglan todo, aunque en esta ocasión van a arreglar el asunto entre usted y yo. ¿Está conforme con retirarse?

Palmer barbotó:

—¡Noooo…!

—Estupendo, señor Palmer. Tiene una bonita voz.

Y de un paraguazo por poco le hunde el cráneo.

Pero lo peor fue que en el porche, junto a la puerta, empezaron a congregarse algunas ballenas cuyas figuras macizas nada tenían que ver con la grácil silueta de Laura. Y lo peor también fue que algunas empezaron a arremangarse para atizarle a Palmer mejor.

Laura musitó:

—Ya ve que algunas amiguitas me acompañan, señor Palmer. Todas ellas son dulces y maternales. ¿Qué? ¿Se decide o no?

Palmer la miró bien.

Sus ojos bizquearon.

Se agarró a la mesa.

—¡No! —gritó.

Laura hizo una seña a los mastodontes vestidos de negro.

—Entrad, chicas —murmuró.

Palmer sudaba. Miró aquellos rostros uno a uno. Miró los paraguas.

—Bueno, tal vez… —farfulló.

Y de pronto corrió hacia la puerta trasera mientras gritaba:

—¡Renuncio! ¡Yo no me quedo más en esta ciudad! ¡Renuncio, maldita sea!

Laura bajó su paraguas. Y dijo tranquilamente:

—Es usted un hombre muy comprensivo. Un hombre con el que da gusto tratar, señor Palmer.

Salió a la calle. Y allí no le fue difícil ver a su hermano, que se alejaba.

Le llamó. Stuart se volvió sorprendido.

—Laura…, ¿qué pasa ahora?

—Nora se ha ido, ¿no?

—Sí, se ha ido.

—Pero no puede estar lejos.

—Claro que no. No ha tenido tiempo… ¿Pero qué quieres decir con eso, Laura?

—Búscala. Y dile que va a ser elegida en nombre de su padre. Que Palmer renuncia. Y dile también unas cuantas cosas más, si te parece. Supongo que lo habrás estado deseando…

Stuart la miró como si no la comprendiera, pero eso duró muy poco, porque, de pronto, comprendió. Y le pareció que la ciudad, el aire… ¡hasta el paraguas de su hermana!, eran distintos.

No necesitó que se lo dijeran otra vez.

Salió corriendo en busca de Nora.

En cuanto a Laura, volvió a su casa. Y allí vio a River. Y Laura hizo entonces algo que parecía estar muy poco de acuerdo con su reciente cambio de carácter.

Atizó un nuevo paraguazo a River.

Este se llevó una mano a la parte afectada, mientras susurraba:

—¿A qué viene esto?

—Es una cosa muy sencilla.

— ¡Pues no la entiendo!

—A ver, explícate.

—Antes, por cada paraguazo que me atizabas me dabas un beso.

Y Laura añadió, mirándole con un mohín.

—¿A qué esperas ahora?

River le miró perplejo, asombrado, atónito.

También a él le pareció que hasta el aire de la ciudad era distinto.

Y no esperó. ¡Claro que no esperó!

Poco después, cuando las ballenas volvían a su sede social, tres de ellas —y no las más delgaditas, precisamente— se desmayaban de envidia.

F I N

COLECCIONES EN LAS QUE HA APARECIDO ESTA OBRA

BRAVO OESTE nº. 425 (Editorial Bruguera) [año 1969]
Dep. Legal nº. B 1.921-1969
HÉROES DE LA PRADERA nº. 533 (Ed. Bruguera) [año 1980]
ISBN 84-02-02524-2 **Dep. Legal nº.** B 820-1980
SILVER KANE nº. 76 (Editorial Astri) [año 1987]
ISBN 84-7590-431-9 **Dep. Legal nº.** M 32.557-1987